

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO 1964 - 1965



MEDIO SIGLO DE
PREHISTORIA HISPÁNICA

POR EL

DR. D. LUIS PERICOT

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

BARCELONA

1964



~~U-3242~~

INP

D-821/3/23

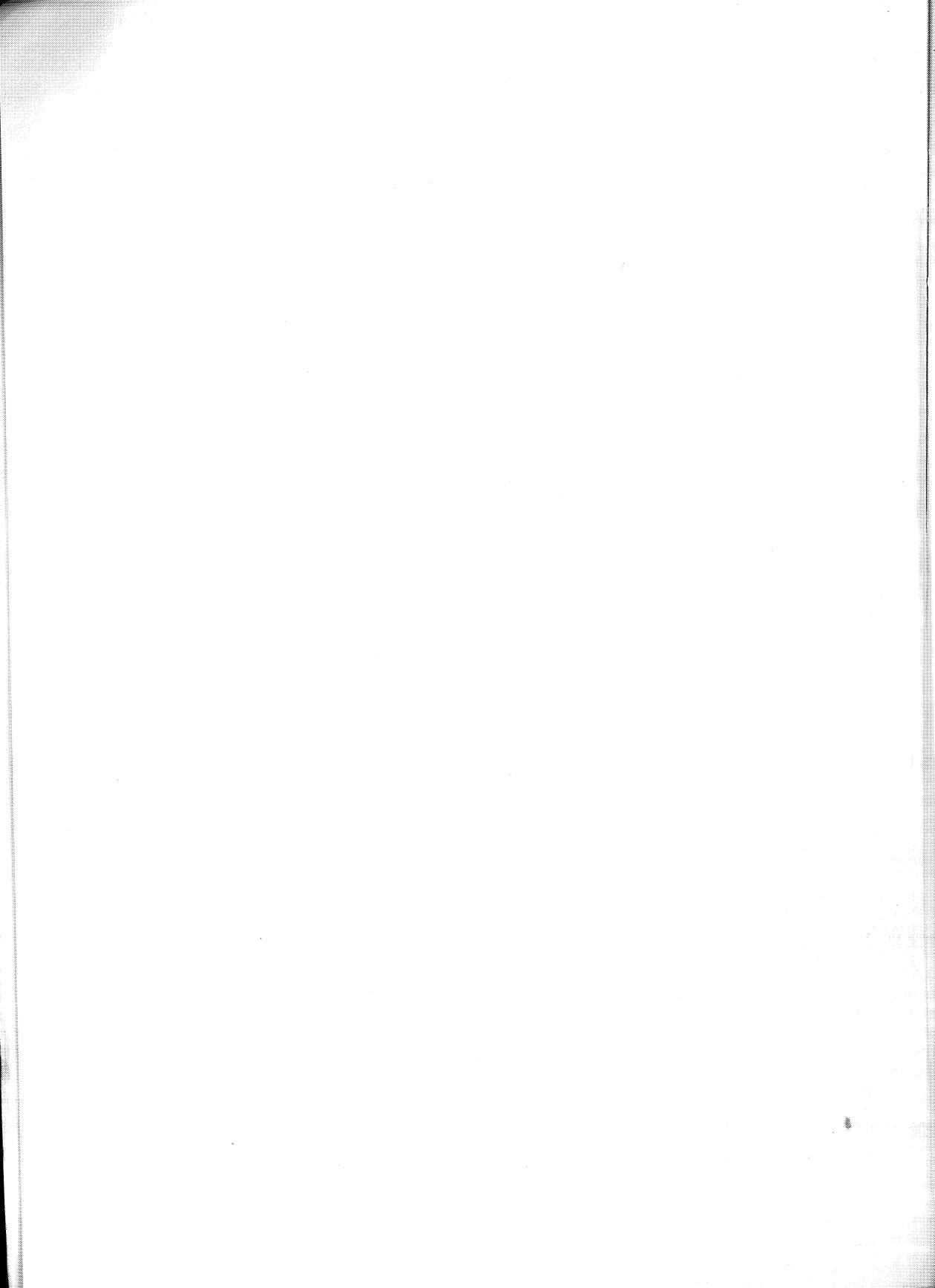
INP

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0700977932





MEDIO SIGLO DE
PREHISTORIA HISPÁNICA



UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DISCURSO INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO 1964 - 1965



MEDIO SIGLO DE
PREHISTORIA HISPÁNICA

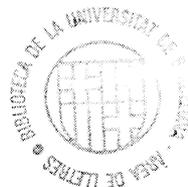
POR EL

DR. D. LUIS PERICOT

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

BARCELONA

1964



Depósito legal B. 24.684 - 1964

Magnífico y Excelentísimo Señor Rector,
Excelentísimos e ilustrísimos Señores,
Queridos colegas y alumnos,
Señoras y Señores:

Con honda emoción subo hoy a esta tribuna, que por primera vez ocupo, a la que vi subir, a lo largo de medio siglo, a tantos maestros y colegas. Durante muchos años creí que en ninguna de las tres universidades a las que con dedicado afán he servido, Santiago de Compostela, Valencia y Barcelona, llegaría para mí la ocasión solemne, que marca en cierto modo el *climax* de la vida académica de un universitario, de inaugurar con mi discurso de apertura las tareas del año escolar. Dado el ritmo de Facultades establecido y el número de colegas que me precedían en antigüedad, esta ocasión no había de llegarme nunca y ello me producía un cierto sentimiento de frustración, el de que a mi vida como profesor le faltaría algo esencial, el paso por esta tribuna que va exaltando con el transcurso de los años a cada uno de los que formamos esta gran familia de la docencia universitaria. La enfermedad de uno de mis maestros, luego colega querido, alteró el ritmo normal en que mi cálculo se basaba, y así me ha llegado este honor,

con el que no contaba, justo en el último momento en que era posible. Es decir, la ocasión de esta lectura me llega en los últimos años de mi carrera cuando se ha debilitado en mí el fuego que me hizo consagrar la vida entera con pasión a la investigación científica y a la docencia.

Para mayor dificultad, este honroso encargo me fue hecho a mediados de julio, cuando me disponía a asistir a un congreso científico en Moscú, al que seguía otro importante congreso internacional en España, del que era Presidente, y luego otra reunión más reducida pero de carácter internacional también (Consejo Permanente de los congresos de Prehistoria), a lo que se añadía la presencia en la inauguración del gran Museo Arqueológico de Méjico y en un congreso en Cerdeña. Todo ello había de retenerme hasta el comienzo de curso. Renuncié a estas dos últimas y tentadoras actividades, a fin de que me quedasen escasamente dos semanas para pergeñar este discurso. Perdonad, pues, sus muchas deficiencias que en buena parte serán debidas a la precipitación con que he tenido que redactarlo.

En estas condiciones, y no pareciendo tampoco oportuno para tal ocasión un tema demasiado monográfico y especializado, no me quedaba otra opción que la de reflexionar sobre temas pedagógicos en relación con la materia de la propia disciplina, con la experiencia que los años dictan, o la de establecer una síntesis de los progresos vividos en la ciencia que cultivo. Intentaré abarcar sumariamente ambos propósitos.

Es imposible, cuando se contempla y se medita la vida universitaria desde este lugar, no evocar re-

cuerdos personales que saltan a la memoria. Precisamente ayer, 2 de octubre, se cumplió medio siglo del día que entré por vez primera en esta Casa, para ingresar en ella como alumno del curso preparatorio, común entonces entre Filosofía y Letras y Derecho.

Nunca habría podido imaginar el joven y deslumbrado escolar que llegaba aquí desde la vetusta y tranquila Gerona, el cúmulo de experiencias de signos contrapuestos que le tocaría presenciar dentro de los muros de este edificio. Acuden ahora en tropel a mi memoria toda clase de incidentes y sucesos dignos de que un escritor con la gracia de Mesonero Romanos, por ejemplo, los evocase. Veintitrés años ininterrumpidos, desde 1934 a 1957, en el *cursus honorum* de Secretario, Vicedecano y Decano de la Facultad de Letras me ligaron todavía más a la vida, íntima diríamos, de la Casa, y si me privaron de buena parte de los frutos de mi cosecha científica, me dieron larga experiencia humana. Acaso si Dios me concede suficiente vida e ilusiones, algún día, cuando haya dejado las tareas docentes, escriba las memorias de lo que aquí presencié, siendo muchas veces actor sobresalido de los propios sucesos. No es hoy el momento, la ocasión, de estas remembranzas.

MI POSICIÓN ANTE LA UNIVERSIDAD

Sí considero que no puedo hurtar la declaración de mi credo universitario.

Si quisiera resumir el resultado de mi experiencia pedagógica habría de expresarlo como una grande

frustración. No es que me arrepienta de la vocación que ya desde mis años gerundenses sentí en forma vehemente e irrenunciable por la investigación y la enseñanza. Esta vocación me llevó pronto al profesorado universitario y me ha proporcionado a lo largo de la vida grandes y puras satisfacciones. Me considero un privilegiado, pues el «oficio» de catedrático es maravilloso, juntando el placer de la investigación científica a una gran libertad de acción y de pensamiento, incluso en un país como el nuestro donde la coacción del ambiente puede llegar a pesar excesivamente sobre la labor del intelectual. A pesar de las vicisitudes vividas nunca se eclipsaron totalmente esas calidades de libre iniciativa y amplitud de posibilidades.

En lo que me considero defraudado es en el atraso de nuestro sistema universitario. Permitidme que en este punto me exprese con la libertad a la que un intelectual no puede renunciar. A mis años, en el umbral del paso a una situación universitaria pasiva, no sabría ocultar mis sentimientos.

Cuando vuelvo los ojos a mis primeros años de estudiante he de reconocer que el progreso en la calidad de la enseñanza, en la formación y preparación del personal docente, han sido muy grandes en este último medio siglo. Quisiera tener las dotes de ingenio y facilidad de narración de mi admirado Dr. José María Pi Suñer para presentar, como lo hizo en su bello discurso inaugural, hace unos años, el cuadro de lo que eran las enseñanzas en la Facultad de Letras hace medio siglo. ¡Qué lejos queda todo aquel pintoresquismo salpicado de algunas enseñanzas excelentes, germen de las que en nuestros días predomina

minan en estas aulas! Lejos quedan los días en que la enseñanza requería sólo un aula como lugar en el que durante una hora el profesor preguntaba o explicaba su lección. Hoy, vemos bellísimos seminarios, nutridas bibliotecas especializadas y verdaderas nubes de alumnos, en vez de las dos docenas mal contadas que entonces pisaban la Facultad. El cuadro de profesores se ha multiplicado y ciertos casos de pintoresquismo que hacían la delicia de muchos estudiantes de nuestra juventud no son ahora posibles.

Pero nuestra «Fides iberica», lo que con cierto pesimismo llamaríamos espíritu rutinario, acaso nos jueguen una mala pasada. Al progreso científico que individual y colectivamente se ha realizado en la Universidad española en esos últimos cincuenta años, acentuado de manera extraordinaria en el último cuarto de siglo, no le ha acompañado la necesaria evolución en métodos y planes, en ajuste del personal, en el sistema de ingreso al profesorado, en el de exámenes y pruebas... Hoy seguimos con una Universidad que en muchos aspectos no ha sabido evolucionar al compás de los tiempos. Estamos haciendo grandes y nuevos edificios, pero hace falta que no sólo lo externo sino la estructura interna de la Universidad se renueve.

Asombra especialmente el que, con no demasiadas diferencias, nuestros rígidos planes de hace medio siglo se mantengan incólumes, el que apenas haya aumentado el número de Universidades y de Facultades, el que importantes zonas del país carezcan de Universidad, el que el número de profesores dedicados primordialmente a la enseñanza se haya multiplicado en proporción muy inferior al aumento de esco-

lares, el que la titulación de nuestras cátedras sea en tantas ocasiones anacrónica y contradictoria, etc.

Todo ello en un momento en que la investigación se ha intensificado enormemente y en que los veinticinco años de actuación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y los desvelos del actual ministro de Educación Nacional al implantar el fomento de la investigación en la Universidad han creado un magnífico ambiente y facilitado el que nuestra vieja Alma Mater recobre el papel que en la rebusca del saber le corresponde.

Es decir, que en un momento en que la investigación con su secuela de la especialización, se impone de manera incontenible, seguimos en la Universidad con unos marcos rígidos, y con unas cátedras que obligan a quien quiere obtenerlas a una labor antiespecialista, de dispersión de estudios y conocimientos. Todavía se proveen cátedras como la titulada Prehistoria e Historia antigua y media de España.

Mientras el alumno se vea obligado a «aprobar» todas las materias de una sección aunque no tengan relación alguna con las que quiera cultivar especialmente, hasta que no pueda él mismo hacer su plan de estudios con arreglo a sus aficiones, será inútil que intentemos encauzar la capacidad investigadora de nuestros escolares.

Se me dirá que la mayoría de alumnos de nuestras aulas han de ser tan sólo profesores de segunda enseñanza en alguna de sus varias categorías. Para éstos resultaría innecesario montar el complicado andamiaje de la investigación. Una licenciatura con tres años, cuatro a lo máximo, de estudio, sería suficiente para formar este profesorado que ha de abarcar conoci-

mientos muy generales. Una mejor orientación pedagógica y la existencia de excelentes manuales, permiten hoy ganar tiempo frente a los métodos más pausados de antaño y siempre nos ha parecido un desperdicio intolerable el de los años de nuestra juventud. Con ello, una riqueza impresionante se ha evaporado en aras de un deseo, honesto, de una formación cabal, pero que no tiene en cuenta la situación real del actual momento cultural en el mundo, que desconoce las tremendas exigencias de esta hora, que parece recrearse en un ambiente aséptico, sin conexión con los grandes problemas de la Humanidad actual.

Descorazona sobre todo el comprobar que en gran parte los enemigos de la renovación de la Universidad somos nosotros mismos, por un falso espíritu de compañerismo, por un sentido de rutina y por el temor de perder algunos privilegios de nuestra situación. Hoy como en tantas otras ocasiones aparecemos como opuestos a toda fecunda innovación, como preocupados preferentemente por afanes económicos, sin duda justos y legítimos, en especial para las categorías inferiores del profesorado, pero que, como en el Evangelio, se han de dar por añadidura tras haber conseguido la riqueza espiritual.

Me apena particularmente, al repasar el curso de mi vida, cuando recuerdo el movimiento provocado por el II Congreso Universitario Catalán, en 1918, y las esperanzas que todos pusimos en 1919 en los proyectos reformistas del ministro Sr. Silió. ¿Quién podía pensar entonces que al cabo de 45 años estaríamos todavía luchando por conseguir algunas de las cosas que Silió se había propuesto? Porque tam-

bién Silió tuvo una dura oposición dentro de la Universidad y tan sólo pudo implantar una pequeña reforma: la creación de los profesores auxiliares temporales, que sirvió para deshacer la vieja e inútil estructura de un profesorado auxiliar permanente, y en este sentido fue útil, pero, al no evolucionar, con los años se ha convertido en otra fórmula arcaica que no gusta a nadie.

Luego, ¡cuántos intentos de reforma y cuántas decepciones! No me atrevo a intentar dar la lista completa de reformas sancionadas o en proyecto que he presenciado a lo largo de mi vida académica. Sólo haré referencia a una que dejó profunda huella en quienes la compartimos y en esta Casa. Fue la explosión de afanes de renovación contenidos y en pugna. Tuvo cosas buenas y otras discutibles. Estamos convencidos de que lo bueno que tuvo acabará por imponerse. Nos referimos a la etapa de autonomía de la Universidad de Barcelona y a su sistema de Patronato. Por desgracia, una reforma universitaria como aquella sólo fue posible —y ésta es nuestra principal lamentación— como secuela de una situación política que al hundirse arrastró la reforma, con todo lo que de bueno pudiera tener, sin discriminación de aciertos y de honradas actitudes. Digo esto desligado de todo prejuicio político y sólo para mostrar un jalón que nadie puede dejar de estudiar si quiere tener una idea completa de los problemas de la Universidad española y de sus posibles soluciones.

Ahora, la transformación experimentada por el Mundo, hace acuciante una renovación total de nuestro sistema y de nuestros arcaicos métodos. Asusta, cuando se visitan esos países como Estados Unidos o

la U.R.S.S., que hacen una bandera de la cultura y para los que todo parece poco a fin de sacar de la Universidad el mayor número posible de titulados, como si del número de ellos dependiera el dominio mundial, contemplar con qué despreocupación por lo que pasa fuera de nuestras fronteras aquí seguimos cultivando las flores más bellas y románticas de nuestro viejo vergel universitario. Pensamos que acaso sin abandonar nuestras viejas flores podemos dedicarnos a otros cultivos intensivos en los campos cada vez más anchos de la investigación y la cultura. Campos en los que nuestro ingenio y nuestro espíritu de trabajo habrían de recoger, cada vez en mayor número, magníficas cosechas.

Con la ilusión de ver renovada la Universidad, toda una vida se me fue. Ahora ya empiezo a pensar que dejaré esta Casa, donde transcurrieron casi todos mis afanes, sin que mi ilusión tome cuerpo real. Una última esperanza me queda: la de que nuestro actual ministro logre dar cima a sus proyectos, organice los departamentos, que podrían servir como núcleos de investigación y especialización para nuestros alumnos, deshaciendo así la rigidez de nuestras licenciaturas, y, con la creación de la categoría de profesores agregados, acabe con el curioso caso —y por haberme ocurrido a mí, creo que puedo hablar de ello sin reparo— de ganar, a los veintiséis años, una posición definitiva en la vida sin que sea preciso nunca más demostrar ni tan siquiera que la vocación originaria sigue incólume. Dios quiera que éstas y otras reformas trascendentales puedan llegar a concretarse en algo positivo, como se ha concretado ya la ayuda a la investigación.

Sólo yendo nosotros por delante con la bandera de la renovación de la Universidad, que no se reduzca a una mejora de sueldos o de dotaciones, evitaremos el disgusto de que personas, mal informadas casi siempre en el detalle, pero que se dan cuenta en grandes líneas de nuestros problemas y deficiencias, se ocupen de ellos y lancen críticas que nos duelen. Nosotros debiéramos ser los primeros críticos y los primeros en pedir los cambios necesarios. Si nos empeñamos en mantener una posición estática, la fuerza de los imperativos de la época irá minando el viejo edificio y la sociedad encontrará la manera para que broten otros tipos de centros universitarios del más diverso carácter que vengán a ocupar los vacíos que nuestras universidades no pueden o no quieren llenar.

Creo que vale la pena de meditar sobre ello. Por haber vivido una etapa de intensos cambios, este problema me ha obsesionado. Perdonad si llevado de esta obsesión he querido traer aquí, en esta ocasión única de mi vida, una declaración en la que deseo no hayáis visto otra cosa que el resultado de muchas experiencias y discusiones a lo largo de medio siglo, sin haber querido con ello menospreciar las opiniones de quienes vean de otro modo los problemas universitarios y sus soluciones.

MEDIO SIGLO DE PREHISTORIA EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Vamos ya a lo que ha de constituir el núcleo de mi discurso, la consideración de los cambios y progresos que durante este medio siglo he presenciado en el estudio de la Prehistoria.

Este último medio siglo ha bastado para que la Prehistoria tomara un desarrollo extraordinario y un rumbo nuevo. Sus primeros cincuenta años habían abierto esta inmensa ventana a la contemplación del remoto pasado humano. Se habían estructurado las líneas generales de la clasificación en períodos y culturas, se había creado el método de excavaciones, perfeccionado poco a poco.

Su segundo medio siglo ha sido de labor activísima en todos los continentes, perfilándose la ciencia prehistórica, modelando sus esquemas y completando sus cuadros, descubriendo maravillas en todos los campos, abriendo vastos espacios a nuestro conocimiento. Ahora se inicia el tercer medio siglo de la Prehistoria. La Ciencia actual ofrece marcado contraste con la etapa anterior y en una ciencia tan movediza como la nuestra no es de extrañar que los cultivadores de alguna edad nos veamos fácilmente desplazados por nuestros jóvenes discípulos. Durante nuestra etapa, la Prehistoria ha conquistado rango universitario, pero todavía su posición es poco clara en la mayoría de las universidades.

Veamos primero cuál era el ambiente cuando hace medio siglo ingresé en la Universidad. Entonces, la sección de Historia, con sus cuatro cursos, dos de estudios comunes y dos de especialidad, era relativamente corta. No es extraño que se reuniesen las edades antigua y media en la Historia, de España por una parte y Universal por otra. Se unían así las edades y se separaban los ámbitos geográficos. Era realmente absurdo. Lo natural hubiera sido reunir lo universal y lo español, aun reconociendo que España merece en su historia una atención especial por parte de nuestros

alumnos, y separar las edades. No dejaba de ser curioso que se agregaba al título de la asignatura la coleccionilla de «curso de investigación», lo que resultaba imposible de practicar dada la diversidad de métodos que habría de aplicarse al estudio e investigación de la Edad Media, la Historia clásica, la Historia de Oriente e incluso la Prehistoria. Ciertamente que, como hemos dicho, estas titulaciones subsisten todavía y aun se convocan oposiciones para cátedras con este título o más extenso todavía. En ese plan, la Prehistoria quedaba inmersa, siempre que el catedrático juzgara oportuno hablar de ella, en esa desmesurada Edad antigua, en la que se solía hacer entrar también la historia de la India y de la China.

Dentro de mis recuerdos en relación con la enseñanza de la Prehistoria en nuestra Universidad figura en primer lugar la lección que D. Inocencio de La Vallina, catedrático de Historia de España, en el curso llamado de ampliación, dedicaba a explicar los descubrimientos de los hermanos Siset en la provincia de Almería, lo que unido a las referencias que en los manuales se hacía a los períodos del Paleolítico y a las primeras razas humanas, constituyeron mi primer contacto con la Prehistoria. He de advertir que tales cosas me resultaban antipáticas y de difícil asimilación.

Ya en el segundo curso de ampliación, estudiábamos Historia Universal. ¡Inefables recuerdos! Allí se nos enseñaba que la fecha de la Creación era el 4004 antes de J. C. y se repetía aquella frase que los que fuimos alumnos por entonces de nuestra Facultad, hemos divulgado: «Todo lo que hay de verdad en la Prehistoria se puede escribir en un papel de fumar y aún sobra sitio».

Y sin embargo no carecía España de un buen manual para su tiempo. La «Prehistoria», de Sales y Ferré, era obra meritoria donde se recogía el esquema que la Ciencia francesa había fijado. Cuando hoy la hojeamos nos damos cuenta de que hubo desde los primeros pasos de la investigación prehistórica, gentes en España que se dieron cuenta de la importancia de la nueva Ciencia y que trataron de divulgarla con acierto. Casiano del Prado, con sus primeras excavaciones; Bécquer, con sus artículos de divulgación; Sautuola, con su intuición genial; Góngora, con su libro en el que late una gran pasión científica; Alsius, Vilanova y Piera, con sus magníficas síntesis, y muchos otros que no citamos, fueron un magnífico anuncio de lo que podía ser con el tiempo la escuela española.

Pero este movimiento apenas había alcanzado a la Universidad o había producido, por razones extracientíficas, una reacción desfavorable en ella. Sin embargo, mi entrada en la Universidad coincidía con una intensificación de los estudios arqueológicos en España. La afición creciente había obligado a regular las excavaciones y a crear la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Surgía en Madrid la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, creada por la Junta de Ampliación de Estudios. La Prehistoria estaba madura para salir con todo su impulso juvenil a la palestra científica hispana.

Fue entonces cuando en nuestra Universidad se produjo un hecho afortunado que fue decisivo para el rápido progreso de la Prehistoria española. Una vez más fue el genio individual el que corrigió los defectos del sistema. Parecía imposible que la flamante cáte-

dra de Historia Universal antigua y media, curso de investigación, que era un verdadero monstruo por sus inabarcables dominios, fuera ganada por un prehistoriador, por un especialista formado en la Escuela alemana, frente a quienes tenían lo que entonces se llamaba «idea redonda de la asignatura», frase justa si la asignatura se concibe con sentido común universitario. Y así una primera oposición, en 1915, había quedado desierta. En el verano de 1916, gracias a la presencia de un conocido historiador a quien debe mucho la historiografía hispana, D. Antonio Ballesteros, un especialista obtuvo dicha cátedra. Muchas veces he contado el episodio, que es típico en la vida universitaria española, por repetir un caso que en unas ocasiones se resolvió bien y en otras no, lo cual se aceptaba como un mal inevitable.

La presencia del profesor Bosch Gimpera, pues a él me refiero, fue decisiva. Pronto tuvo un grupo de discípulos fervorosos y gracias a la creación del Servicio de Excavaciones de la Diputación Provincial, pudo realizar la obra que hoy admiramos. No se podía pensar entonces en que la cátedra universitaria, convertida en Instituto de investigación, fuera el centro de la actividad arqueológica. Esta circunstancia, andando el tiempo, habría de resultar altamente dañosa al divorciar la investigación y la enseñanza de nuestra ciencia.

En estrecha relación científica nuestro maestro barcelonés, con el profesor Hugo Obermaier, gran figura en el estudio de la época paleolítica, a quien la guerra europea había fijado en Madrid, pronto nuestra Prehistoria contó con un esquema básico que la situaba entre las mejor conocidas de Europa y

con manuales que han tenido validez hasta hace poco.

Fue una época feliz para la escuela universitaria barcelonesa. Más tarde, diversas circunstancias extra-científicas enturbiaron el panorama y hacen difícil historiar objetivamente la evolución de nuestras organizaciones de trabajo. Mi intervención en toda la última etapa me impide detallar dicha evolución por temor a caer en excesivos personalismos. Tras muchas vicisitudes hemos llegado a una nueva crisis, de la que confío que la Universidad, que cuenta ahora con una decidida ayuda del Ministerio para sus tareas de investigación y que se halla también bajo la égida del Consejo Superior de Investigaciones, saldrá incólume en su propósito de ser el centro de la investigación científica, superando todos los obstáculos que se le han ido oponiendo.

No podemos olvidar que en los últimos veinticinco años han salido de la escuela arqueológica barcelonesa bastantes de los más destacados arqueólogos de la España actual, hasta el punto que directa o indirectamente, de ella procede la mayor parte de la investigación española en la materia.

Nadie podrá, pues, extrañarse de que en estas consideraciones sobre medio siglo de Prehistoria española, en las que quisiéramos resaltar el papel de esta Universidad, nos basemos en la labor de nuestra escuela. En este relato nos daremos cuenta de lo que se ha logrado en este dominio y de lo que falta alcanzar todavía, y ello nos dará pie para glosar con nuevos datos aquella divagación que hace ya más de dieciséis años presenté ante la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y que titulé *Grandeza y miseria de la Prehistoria*.

LAS PRIMERAS ETAPAS DE LA ACTIVIDAD HUMANA

Vengamos a las primeras manifestaciones de la actividad humana. Insondable misterio todavía y acaso para siempre, no hay otro tema de la Historia humana que nos apasione tanto como este del comienzo de la novela que todos los humanos vamos escribiendo incesantemente. Sólo hay otro enigma tanto o más apasionante: el de cuál será el final de la novela; pero esto ya no pertenece a la Historia...

En pocos años se han realizado portentosos avances en el campo de las primeras manifestaciones humanas. A los titubeos y dudas que podía plantear el Pitecantropo o los primeros australopitecos ha sucedido con los años y las intensas investigaciones un cúmulo extraordinario de datos que nos dan una visión audaz de los primeros homínidos y de las circunstancias de su vida. Al mismo tiempo, los maravillosos métodos cronológicos que se han ideado en los últimos tiempos, en especial el del Potasio-Argón, han permitido fechar esos primeros pasos del hombre sobre la tierra. Puede decirse que la obtención de una fecha para el nivel del yacimiento de Olduvai, con australopitecos y *Pebble-culture*, marca un hito definitivo en la ciencia prehistórica y empieza una nueva época en el estudio del remoto pasado humano.

Dicha fecha es la de 1.750.000 años, fecha extraordinaria por lo inesperadamente larga, que trastorna todos los esquemas admitidos. ¡Qué camino recorrido desde los 4004 de nuestro profesor de Historia Uni-

versal! Y acaso tanto uno como el otro cálculo resulten equivocados; uno, por excesivamente largo y el segundo por demasiado corto.

Con los datos que hasta ahora se poseen, el conocido paleontólogo parisiense Prof. Arambourg ha elaborado una interesante hipótesis, la de cuatro etapas avanzando por medio de escalones en la evolución de la Humanidad progresiva: Australopitecos, Pitecantropos, Neanderthal, Cromagnon. Leakey, por su parte, utilizando los datos que le proporcionan esos dos fabulosos yacimientos de Olorgesailie y de Olduvai, está presentando curiosos puntos de vista que sin duda serán muy discutidos, a base de la existencia de un *Homo habilis*, que puede poseer útiles pero no es capaz de hacer progresar las técnicas adoptadas, y frente al mismo un verdadero *Homo*. Uno de sus discípulos, el Prof. Tobías, en el reciente Congreso de Ciencias Antropológicas de Moscú, presentó estas brillantes conclusiones que provocaron tremendas discusiones. Al analizar los resultados arqueológicos y geológicos que esos datos nos ofrecen nos hallamos ante un número excesivo de enigmas que no tienen todavía una respuesta clara. Sobre todo, el arqueólogo, lo mismo que el antropólogo, dudan cuando han de poner una etiqueta: *Homo*, a unos restos encontrados. ¿Dónde se halla el criterio para caracterizar a un hombre? ¿En el conocimiento del fuego? En tal caso, por lo precario de los vestigios de fuego y la posibilidad de que se haya encendido por causas naturales, nos será difícil decidir, en la mayoría de los casos, si hemos de otorgar a sus restos un carácter probatorio.

No sé si la última hipótesis de Leakey, la de un homínido superior que ya conoce la industria osteo-

dontokerática y una tosca industria de piedra, pero que no sabe hacerlas progresar, puede resolver el problema planteado. En mi opinión, no es una solución satisfactoria y el gran enigma sigue en pie.

La extensión del dominio de los australopitecos, que del foco sudafricano saltaron al África oriental y alcanzan ya el Tchad y acaso Palestina, repite el caso de los Pitecantrópidos, que desde Java y la China han saltado al Mogreb. Hoy estamos preparados para verlos aparecer en los más insospechados rincones del Viejo Mundo. El que alguno de estos seres apareciera en el Nuevo Mundo sería algo para lo que no estamos todavía preparados.

Respecto de la evolución cultural de todos esos escalones humanos caben dos interpretaciones. La seductora de Arambourg, de que a cada escalón morfológico corresponde otro escalón industrial. Y así tendríamos: australopiteco = *Pebble culture*; pitecantrópido = hacha de mano; Neanderthal = munsteriense; Cromagnon = Paleolítico superior con industria de hojas. Otra, la de una evolución industrial continua desde la más tosca pebble-culture —sin olvidar la famosa industria osteodontokerática, que últimamente parece ganar partidarios— hasta las puntas solutrenses más perfectas.

Por nuestra parte, lo hemos defendido en varias ocasiones, estudiando el utillaje paleolítico, siempre hemos creído ver en él una multiplicidad de formas que derivan unas de otras en una serie evolutiva que carece de solución de continuidad. Pero si esto es así, ¿cómo explicar la evolución humana por una serie de mutaciones o saltos en que cada nueva forma, cada nueva raza, suponía la destrucción de la anterior? La

continuidad evolutiva en la industria, caso de que la aceptemos, exige una cierta continuidad en la sucesión de los tipos humanos, el que éstos hayan tenido alguna forma de contacto entre sí.

Súmense a los anteriores problemas el de los posibles *presapiens* de Vallois, el de la extensión y evolución de las primeras verdaderas técnicas de la industria humana, la explicación de los complicados fenómenos glaciales, cuyas causas aún se desconocen, de las modificaciones de nivel marino, de las circunstancias de la primera ocupación de las cuevas por el hombre, etc., para tener una idea de los grandes misterios que envuelven todavía la labor del paleolitista.

EL PALEOLÍTICO INFERIOR EN ESPAÑA

Respecto de España, sin duda constituye uno de nuestros mayores fallos el desconocimiento de las etapas más viejas de nuestro Paleolítico. Por su posición, la Península ibérica es clave esencial en cualquier esquema histórico en que entren África, Europa y el Mediterráneo. Aun pensando que para el hombre primitivo la barrera del estrecho pudo ser infranqueable durante largos períodos, es imposible negar la posibilidad de contactos fortuitos.

Pues bien, los yacimientos españoles del Paleolítico inferior, que sabemos que son importantes, están faltos de una excavación metódica. Hace medio siglo, buena parte de ellos, en especial los que se concentran muy densamente en las terrazas del Manzanares, cerca de Madrid, y con los que se inició el estudio de la Prehistoria española hace un siglo (recuérdese San Isidro), empezaron a estudiarse por Obermaier y sus



discípulos, en especial Pérez de Barradas. El esquema que éstos ofrecieron era muy completo y satisfactorio a la luz de lo que entonces se sabía sobre esa época. Pero con el paso de los años el esquema envejeció y ya no se hallaba de acuerdo con los puntos de vista actuales. Nada hubiera sido más fácil que seguir los trabajos al ritmo anterior. La interrupción que forzosamente se produjo fue fatal. El rápido crecimiento industrial de Madrid, volcándose sobre la zona de yacimientos impide el estudio de una gran parte de las terrazas próximas a la capital. En ésta ha faltado la decisión, por parte de sus autoridades, a pesar de los esfuerzos de algunos especialistas, para que tan gran riqueza científica no se perdiera.

Es ésta una triste historia en la que todos tenemos algo de culpa, por acción u omisión. No perdemos la esperanza de que lo que queda aún de terrazas del Manzanares o de otros ríos confluentes, como el Jarama, podrá algún día ser estudiado como es debido y que para la cultura popular de los madrileños se podrá salvar una faja junto al río en la que se pongan al descubierto los sucesivos niveles culturales en una especie de museo al aire libre, como suelen existir en las terrazas fluviales con yacimiento paleolítico en las cercanías de las ciudades que cuentan con tales preciadas reliquias. Es grato recordar que el único estudio importante de estos últimos años sobre el Manzanares y sus yacimientos se debe a un alumno de esta Universidad, el geólogo Oriol Riba, hoy catedrático de Zaragoza.

Sin duda, los hallazgos madrileños cubren todo el Paleolítico. No tenemos duda de que lo que se llamó industria iberomauretánica (esbaikiense y ateriense)

será en buena parte solutrense, relacionado con el del Levante español y con el de Portugal. Pero sus peculiaridades serían de alto interés si las conociéramos, con sus ricas industrias bifaces, su rico musteriense y sus industrias paralelas de las del Paleolítico superior de otras regiones. Incluso se advierten industrias toscas muy primitivas, con predominio de lascas y recuerdo de la *pebble-culture*. ¿Cómo dudar de que estos inmensos depósitos culturales irán acompañados de numerosos restos humanos? Es seguro que éstos han aparecido en bastantes ocasiones y que se han perdido para siempre. Uno solo de éstos podría decidir la polémica de si la industria de los bifaces corresponde al pitecantropo o al *presapiens* ¡enorme responsabilidad!

Por fortuna, hay indicios de mejora. Un paleontólogo muy activo, el P. Aguirre, ha estudiado los hallazgos de industrias de esa remota época en las terrazas del Bajo Miño. Un profesor toledano, Martín Aguado, ha recogido grandes cantidades de útiles de sabor muy arcaico a veces, junto con fauna, en las terrazas del Tajo cerca de Toledo. Hemos tenido ocasión de examinar un yacimiento muy rico en fauna cercano a Burgos, en el que apareció un hacha muy tosca, sin duda *abbeylliense*, de gran parecido con formas descubiertas por Biberson en Casablanca. Hace pocos días, la prensa anunciaba otro descubrimiento parecido en Burgos, afirmando el hallazgo de un resto humano. ¿Aparecerá por fin el vestigio del autor de la industria del hacha de mano? Por nuestra parte no dudamos de que el suelo hispano encierra centenares de esqueletos y cráneos de aquellas gentes que acaso hace ya un millón de años lo recorrían.

En busca principalmente de tales restos emprendió nuestro colega de Chicago, el prof. Clark Howell, un nuevo estudio y excavación en los yacimientos de Torralba y Ambrona. Ha sido ésta una de las más importantes excavaciones realizadas en España estos últimos años. En ella intervinieron algunos destacados arqueólogos extranjeros como Biberson y numerosos españoles. Los resultados han sido muy importantes respecto a la fauna y al utillaje, ya de un acheulense claro y por consiguiente de tiempos relativamente avanzados, pero ha faltado la suerte de descubrir algún resto humano.

El Musteriense es ya una industria mucho mejor conocida que todo lo anterior y perfectamente situada en el último período interglaciar y la última glaciación. Hace medio siglo empezaba a conocerse bien en la zona cantábrica y en Madrid; la mandíbula de Bañolas y el cráneo de Gibraltar eran ya conocidos. Esto aparte de los yacimientos lisboetas.

Nuestro conocimiento del musteriense peninsular es ahora mucho más extenso. Algunos yacimientos clave han podido ser bien excavados. Citemos entre ellos los de Capellades, Reus, la Cova Negra de Játiva, el Salt (Alcoy), la cueva de la Carigüela (Piñar) y la *Gorham cave* de Gibraltar. La riqueza de nuestro musteriense, que responde a algunas de las variedades que Bordes y otros tratadistas han señalado en Francia, es manifiesta. En algunos de los lugares citados (Cova Negra) se puede estudiar una rica sucesión estratigráfica. En este yacimiento, lo mismo que en Piñar, se han recogido restos humanos de interés, correspondiendo, como ocurre en todas partes, al tipo de Neardenthal.

Hoy tenemos ya métodos cronológicos seguros que nos permiten afirmar que hace unos 30.000 a 40.000 años que el Musteriense empezó a dar paso a una nueva variedad humana que ahora llega a su concreción y a su expansión por gran parte del Viejo Mundo, rompiéndose la unidad que hasta entonces había existido en el ámbito de las técnicas y las industrias.

EL PALEOLÍTICO SUPERIOR

Con el cambio étnico y cultural que ello supone alcanzamos el comienzo de la vida moderna de la Humanidad. En cierta manera, todo lo anterior es vida primitiva; ahora va a consolidarse el clima al terminar la fase aguda de las glaciaciones y un hombre ya capacitado con toda la fuerza de su cerebro va a iniciar una serie de fórmulas de vida social y religiosa que en buena parte son válidas aún.

Lo que no sabemos todavía es dónde surgieron los focos de esta nueva civilización, dónde se formó la nueva entidad étnica, cómo se extendió y de qué manera, con qué raíces e influencias se formó la técnica que dio un aspecto nuevo al utillaje. La hipótesis de un foco asiático es posible que responda a la realidad, pero no está documentada todavía. Lo que aparece cada día más claro es que el paso del dominio de la raza de Neanderthal y de la industria mústero-levallouloide al de la raza de Cromagnon y la industria de hojas, no fue brusco o brutal, sino paulatino, aprendiéndose las viejas tradiciones técnicas por los nuevos elementos étnicos que se desparraman por la Europa occidental. Ello supone contactos y convivencias cuyo exacto carácter se nos

escapa, pero en todo caso nos obliga a ser prudentes en la formulación de los problemas que la Humanidad presenta en aquel delicado y decisivo momento de su historia.

Esta nueva etapa, que seguimos llamando, con nomenclatura imperfecta, Paleolítico superior, ha sido dominada científicamente por una figura gigantesca de la Prehistoria que a principios de siglo iniciaba su larga y excepcional carrera científica y que ha vivido hasta 1962. Me refiero al abate H. Breuil, gran amigo de España, donde había trabajado en largas etapas de su vida, desde que en 1902 acompañó a Cartailhac a Altamira y fue el primero en copiar de manera completa sus pinturas. Pues bien, ya en 1912, Breuil había presentado al Congreso de Ginebra el esquema de las industrias del Paleolítico superior, que ha sido válido hasta hace poco. Breuil en cierta manera puede simbolizar la ciencia prehistórica del último medio siglo. Todavía en él era lo más importante su intuición, su conocimiento directo de tantos yacimientos y tantos países. Después de él, la especialización, las fórmulas estadísticas, los nuevos métodos a base del auxilio de las Ciencias naturales, la Química y la Física, las excavaciones en equipo, están dando otro carácter a nuestra investigación y exigen otro tipo de investigadores.

Dejando ahora aparte el problema del arte, las cuestiones batallonas para esta época son las siguientes. La sucesión clásica de Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense ofrece una tremenda dificultad. En primer lugar, el antiguo Auriñaciense, que tantas luchas costó a Breuil el que se aceptara como fase presolutrense, no se mantiene hoy ya como una

cultura o industria unitaria. Peyrony reconoció en ella dos ramas independientes. Por un lado el auriñaciense clásico con una industria de sílex muy típica y robusta y por otro el llamado perigordiense, con una industria de sílex predominante sobre una industria pobre de hueso. La denominación de perigordiense, aunque es aceptada por los más brillantes arqueólogos franceses, ha sido muy discutida y el mismo Breuil la rechazaba. El contar como uno de sus elementos más destacados el tipo de punta de La Gravette con su dorso rebajado y la frecuencia de hojas con este mismo tipo de dorso ha hecho que algunos hayan preferido la denominación de gravetiense. Tal ocurre sobre todo con los autores ingleses. Nosotros mismos preferimos emplear el término de gravetiense para la industria semejante que se halla en España. Hoy se discute mucho acerca de esas dos industrias paralelas o en una difícil simbiosis, pero de alguna manera hay que aceptar su contemporaneidad y proximidad. También parece seguro que el llamado gravetiense responde a una tendencia muy fuerte alrededor del Mediterráneo, incluso en comarcas africanas, en países orientales de Europa e incluso en Asia, con alguna derivación americana, sin duda más tardía. Produce el efecto como si la industria gravetiense constituyera el substrato del Paleolítico superior en gran parte del Mundo. Más complejo es el problema de la antropología de estas dos culturas paralelas.

La llegada del Solutrense constituyó un misterio todavía mayor. ¿Cuál puede ser el origen de esta técnica? ¿Cuál su verdadero significado? ¿Se trata sólo de una moda o refleja un contenido étnico?

Insistiremos en el tema al tratar del solutrense español. Ahora haremos notar que en un momento que parece bastante contemporáneo, la nueva técnica se muestra pujante en África (bajo las dos formas de Sill Bay y de Ateriense), en el Este de Europa, en el Centro y Oeste de la misma, incluyendo toda la Península Ibérica, a través de la cual pudiera darse el enlace entre África y Europa para dicha industria. Con cierto retraso, la técnica solutrense saltaría el estrecho de Bering y llegaría a América, donde constituiría una segunda oleada cultural por lo menos, y donde tendría amplia difusión y descendencia.

No menos curiosa que su enigmática aparición y origen, es su final y desaparición. En el Occidente de Europa, una nueva cultura, de elementos muy distintos a los anteriores, el Magdaleniense, recubre Francia y penetra en la Península Ibérica. El Magdaleniense es una cultura basada en la industria del hueso y en este sentido descendiente en parte de la cultura auriñaciense propiamente dicha. El Magdaleniense corresponde esencialmente a una época fría, basada, en las comarcas que fueron su centro, en la caza del reno. Cultura que tiene un área limitada y que no se da en el Mediterráneo central y oriental. En cambio, se da en el Mediterráneo occidental ya que, como veremos, en los niveles superiores de la cueva del Parpalló existe un curioso magdaleniense inferior y medio. La bella técnica del sílex que contemplábamos en el Solutrense, se interrumpe bruscamente con el advenimiento del Magdaleniense, que, en cambio ofrece, desde el primer momento de su aparición, una brillante industria del hueso

y del asta, con abundancia de agujas de coser —gran invento de esos geniales cazadores cuaternarios— y llegando al final al desarrollo del tipo de arpón.

Aunque en el Magdaleniense van apareciendo elementos de industria de la piedra que parecen proceder del gravetiense y que tienen cada vez más mayor carácter microlítico, existe aún otro elemento nada despreciable, aparte la tradición del trabajo del hueso propio del Auriñaciense, que prueba su continuidad cultural respecto de las fases anteriores que hemos descrito. Nos referimos al arte, en el que todos los autores están de acuerdo en que existe una cierta continuidad que no puede explicarse más que por medio de una simbiosis, contactos e influencias que se oponen a toda explicación catastrófica.

No menos enigmático es el final del Magdaleniense en nuestras comarcas. Todavía la explicación clásica, de la retirada hacia el norte de los animales que, como el reno, constituían el elemento principal en la caza que aquellas gentes practicaban, por causa de la decadencia glaciaria, puede ser la más lógica.

EL PALEOLÍTICO SUPERIOR HISPANO

Si ahora nos fijamos en lo que ocurre en la Península Ibérica, el avance en los últimos cincuenta años ha sido extraordinario. Prácticamente todo ello estaba por conocer y sistematizar. La labor de Obermaier, Breuil y sus colaboradores y la de aficionados españoles, entre los que destaca el Conde de la Vega del Sella, mostró la riqueza de los yacimientos cantábricos que han llenado toda aquella época de gran desarrollo económico y cultural. La zona del Nor-

deste de Cataluña ofreció también una secuencia parecida. Pero la gran revelación se dio en la región valenciana, donde una serie de cuevas (Parpalló, Mallaetas, Barranc Blanc) revelaron fases muy peculiares y extremadamente ricas de las culturas clásicas del Paleolítico superior. Estos hallazgos han revalorizado los que Siret realizó en las provincias de Murcia y Almería. En los últimos años, las cuevas de Ambrosio (Almería) y de Nerja (Málaga), con sus industrias solutrenses, aparte indicios magdalenenses en cuevas meridionales, han mostrado la gran extensión que tuvieron en la Península las industrias que pudiéramos llamar gravetienses y solutrenses.

Estas últimas han visto en los últimos años extenderse sin género alguno de duda por Portugal, donde recientemente se han dado a conocer varios yacimientos con el solutrense evolucionado de tipo español.

Porque lo más sorprendente, tanto que sólo ahora al cabo de más de treinta años nadie duda de ello, ha sido el comprobar que venga de donde viniere y tenga el carácter étnico que se quiera, la industria solutrense adquirió en el Levante, Sur y Occidente de la Península un desarrollo extraordinario, con una capacidad de inventiva sorprendente. Aquí se desarrolló, diez mil años antes por lo menos de que las gentes del Neolítico lo resucitasen, el tipo de la punta de flecha con aletas y pedúnculo, que en adelante seguiría siendo, hasta el descubrimiento de las armas de fuego, el arma más eficaz cuando la punta se ensartaba en un mango y se disparaba con el arco. No hay otra escapatoria a la afirmación de que los españoles de entonces hicie-

ron este gran descubrimiento que la de suponer, o bien que la idea del pedúnculo y las aletas se desarrolló en el Aterriense del Norte de África y de allí pasó a España, cosa que nuestros colegas franceses, con razones que parecen bastante buenas, aunque no del todo convincentes, niegan, o bien que este tipo se originó en Francia, en ese paraíso de la caza y capital del Paleolítico europeo, que es la Dordoña. Esta última explicación, que no consideramos imposible, probaría una ceguera en los investigadores franceses que me parece incompatible con su agudo espíritu de observación y su método depurado y nos los mostraría víctimas de la ortodoxia libresca.

En todo caso, no tenemos duda de que la vieja división entre una zona cantábrica y el resto de la Península, ligada aquélla con el vecino país aquitano, tiene una real presencia durante el Solutrense.

La existencia de este solutrense español con un elemento tan característico, plantea naturalmente, una larga serie de problemas de difícil solución. En su fase final sobre todo, aquél va acompañado de una serie de elementos de carácter gravetiense. Tal ocurre con la punta de muesca de «tipo levantino» como Breuil la calificó, que es sin duda paralela de las puntas de muesca solutrenses de la zona franco-cantábrica, pero con técnica claramente derivada de la punta de La Gravette. Estas puntas de muesca se relacionan con toda una vasta familia que lleva este tipo hasta comarcas orientales de Europa, camino de las tierras asiáticas. El que esas puntas de muesca no se encuentren en el Norte de África, constituye el mayor argumento contra el contacto entre las dos orillas del Estrecho de Gibraltar en aquella época.

Respecto del origen remoto de nuestro Solutrense, todavía predomina la hipótesis de un foco europeo oriental. La derivación de la técnica biface, de las grandes piezas foliáceas, de las que no es difícil encontrar ejemplares en el Paleolítico inferior, permiten sugerir focos de formación en comarcas de la Europa central y oriental. Pero no es imposible que hayan existido varios focos de formación del tipo de retoque solutrense partiendo de piezas bifaciales o de técnica musteroide de etapas anteriores.

Para nuestro país, las hipótesis de nuestro discípulo y colega Jordá, merecen la mayor atención por su conocimiento directo de las dos variantes de la cultura solutrense, que hemos señalado. Jordá estructura cada una de estas variedades en cinco períodos. Para él, no existe un auténtico protosolutrense, en el que yo sigo creyendo. Si lo admitimos, aceptamos el paso paulatino de la punta auriñaciense, en cierto modo heredera de una variedad de la punta musteriense, a la hoja de laurel de retoque bifacial. En este caso se puede postular un foco de origen y desarrollo del Solutrense en la España oriental. Caso de no admitirse tal protosolutrense en España, habremos de aceptar que la punta solutrense llega ya formada desde fuera y que se trata de una cultura totalmente invasora.

Los recientes descubrimientos —puntas de aletas y pedúnculo en Portugal, solutrense normal con esqueletos del tipo Cromagnon en Nerja, posible punta de aletas y pedúnculo en El Higuerón, cueva de Ambrosio— han servido para actualizar las polémicas que mis hallazgos en el Parpalló provocaron. Hemos escrito tantas veces sobre ello, que no quisiéramos

insistir aquí acerca de este punto crucial en nuestra Historia.

En el debatido problema de las posibles conexiones entre ateriense africano y solutrense español, en el que nuestra posición de prudente afirmativa es bien conocida, algún nuevo indicio ha producido la excavación de la cueva de Ambrosio (Vélez Blanco), que por mi iniciativa ha realizado mi colaborador doctor Eduardo Ripoll. En efecto, en ella se ha cumplido una vez más la asociación de las puntas «devantinas» de muesca con el tipo de puntas de retoque bifacial de aletas y pedúnculo. Pero en la cueva de Ambrosio, algunas de las puntas de ese tipo son muy robustas y de buen tamaño, es decir, ofrecen un marcado paralelo con los dos preciosos ejemplares hallados por los norteamericanos en Mugaret-el-Aliya (Tánger). Con ello creo que casi puede darse por seguro que la llamada «punta marroquí» no es sino el reflejo o el reflujó del tipo español.

Naturalmente, no se puede hablar de estos problemas con sentido histórico, sin hacer referencia al famoso capsense de nuestra juventud. Hace medio siglo que el capsense iba a alcanzar la cima de su popularidad. ¡Era tan cómodo el simplificar el Paleolítico superior español con una franja europea y un gran dominio africano! La caída del capsense ha sido el primer gran golpe que la tesis del africanismo fundamental de la Historia de España ha sufrido, al que han seguido otros como vamos a ver más adelante.

En poco tiempo el capsense fue barrido por obra de mis hallazgos valencianos y de los de Vaufrey en el Norte de África. Y sin embargo, aun hoy sigue en pie el problema de si fue simultáneo y conexo el proceso

de microlitización geométrica en el utillaje de sílex entre el África Menor y España.

Un hecho muy curioso es la súbita desaparición de la industria solutrense, sin dejar rastro. ¿Cómo imaginarla en realidad? ¿Se trata de un pueblo que emigra? ¿De una técnica ahogada por una nueva invasión? Hasta donde podemos juzgar, y dado que todos los restos que conocemos en España ligados a la cultura solutrense pertenecen a la raza de Cromagnon (con la salvedad de la posibilidad de un Cromagnon africano), hemos de pensar en una expansión industrial antes que en un movimiento étnico. La continuidad en el arte, que luego señalaremos, argumenta en el mismo sentido.

No menos ha progresado en sus últimos cincuenta años el conocimiento del magdaleniense español, aunque ésta era una cultura de la que se conocían algunos yacimientos importantes antes de que empezara el siglo. Hoy el número de yacimientos magdalenienses conocidos es muy crecido. Lo mismo ocurre en Francia, donde dicha cultura tiene su foco más importante. Ello hace que sea difícil encajar todo lo conocido en el sistema de los seis períodos que Breuil estableció en 1912. Existen problemas como el de la existencia o no en España de la etapa observada en los yacimientos de la Dordoña y que Cheynier ha bautizado como «protomagdaleniense». Existe el problema de por qué carece nuestra zona cantábrica de los dos primeros períodos del sistema de Breuil, iniciándose, como Jordá ha probado, con el magdaleniense medio, lo que permitiría al solutrense una larga perduración. No falta quien cree en dos ramas magdalenienses; la auténticamente merecedora de este nombre sería la que

posee el tipo de arpón o sea la segunda mitad del sistema de Breuil.

Por último, queda un problema capital para el magdalenense español. El de su ámbito peninsular. Que el Magdalenense es un fenómeno nórdico, ligado a focos franceses, no ofrece duda. Pero ¿hasta dónde alcanzó en su expansión meridional? ¿Siguió sólo el camino de la costa levantina hasta el Parpalló? Es bien sabido que en dicha cueva se encontraron abundantes vestigios de las industrias correspondientes al Magdalenense I (que sólo se halla en la Charente y en Polonia), Magdalenense II y Magdalenense III, este último ya muy conocido y abundante en todas partes. Produce el efecto de que en un período de recrudescimiento del frío, unas bandas magdalenenses del sur de Francia, buscaron el camino del sol a lo largo de la costa mediterránea española. Más tarde, antes de la última fase de esta cultura, se replegarían hacia el Pirineo. Pero, claro está, nos faltan datos más completos del resto de la Península, donde por lo menos en la región al norte de Lisboa y en el Manzanares, se ha señalado la presencia de industria magdalenense, de la que existen también indicios fundados, en varios yacimientos del sur de España. Cabe aún que el Magdalenense tuviera entre nosotros una difusión mayor que la supuesta, pero no parece verosímil que deje de ser algo apegado a la cordillera pirenaica y que raramente se atreva a penetrar hacia el Sur. Los recientes estudios de Jordá y de González Echegaray, así como las nuevas excavaciones de cuevas del país vasco por Barandiarán y por Maluquer, sin duda constituyen un gran avance en el conocimiento de esta cultura y acaso, cuando sus re-

sultados se hayan clasificado, nos completen la secuencia del magdaleniense cantábrico.

Pero solutrense y magdaleniense no abarcan todo el ámbito de la Península. Creemos que en su extremo NO. y en la faja occidental, atlántica, seguían perdurando las viejas técnicas del comienzo del Paleolítico. En cuanto al Levante, Centro y Sur, todos los indicios nos sugieren el predominio de una industria que hemos llamado epigravetiense, pues conoce con profusión los útiles y puntas con el dorso rebajado de la tradición gravetiense. Este supuesto epigravetiense sería importante como substrato técnico en el que se insertarían las nuevas influencias que dan lugar a la formación de las industrias mesolíticas, no bastante bien conocidas.

Más adelante haremos referencia al método cronológico basado en el análisis del Carbono 14. Cuando llegamos al Magdaleniense, tenemos para España los primeros resultados obtenidos con dicho método. Son en extremo interesantes, pues dan fechas para diversos momentos del Magdaleniense, en la cueva de Altamira y en la cueva del Juyo. Catorce mil años para el Magdaleniense medio, la supuesta etapa de Altamira, unos once mil para el Magdaleniense final. Estas fechas son muy satisfactorias y satisfacen plenamente a un historiador. Mientras las que predominaron hace unos años y que el propio Zeuner defendió, a base de los cronómetros basados en la Astronomía, resultaban demasiado elevadas y dejaban entre sus veinticinco mil años para el Magdaleniense y diez mil para el Mesolítico, un vacío en exceso considerable. Empezamos pues, a pisar terreno firme en nuestra cronología prehistórica.

EL ARTE RUPESTRE

Hay otro elemento en nuestra cultura de las postimerías de la época glaciaria y comienzos del Holoceno, que tiene una significación especial. Nos referimos al Arte, excelsa manifestación, por vez primera, del genio humano, de la chispa espiritual que elevó pueblos de vida tan precaria a las cumbres del cultivo de la belleza y les hizo dar un sentido estético a su quehacer diario, a su rutinaria existencia de cazadores que dependían del éxito de sus expediciones cinegéticas para subsistir.

Insistiremos sólo en algunos aspectos de este complejo problema, tal como a lo largo de casi cien años ha ido apareciendo a la vista, siempre sorprendida, de los arqueólogos. El medio siglo transcurrido sucedía de cerca al descubrimiento de la autenticidad del arte rupestre. Hoy estamos en la fase de hallazgos de pinturas en todas partes, ya no sólo en África sino en Asia, en América, en Australia, en la propia Europa oriental. Lo mismo podríamos decir del grabado. En cuanto a la plástica, una inmensa provincia va desde el Pirineo hasta el Asia oriental.

Haremos resaltar unos pocos problemas. ¿Por qué la plástica tiene esa limitación geográfica en el Pirineo? No es admisible, dado el desarrollo de la investigación, que esta falta de hallazgos sea debida a insuficiencia en la rebusca. Y entonces nos preguntamos cuál puede ser la razón de que las gentes que habitaron al sur del Pirineo, a pesar de su evidente hermandad con las que habitaban al norte de la cordillera, carezcan de un elemento cultural tan signi-

ficativo como son las representaciones humanas, en especial mujeres desnudas en claro simbolismo de fecundidad, esculpidas en marfil, hueso o piedra. Que esta curiosa manifestación artística se prolongue hacia Oriente y alcance una región siberiana muy alejada de los focos occidentales, aunque sea con transformaciones que van apartando los productos de la belleza de las piezas de Occidente, indica una vez más la existencia de una vasta provincia cultural subártica, a la que hay que reservar un papel muy capital en las primeras culturas humanas. Recuérdese que desde este círculo se pobló en la época a que nos estamos refiriendo, el continente americano.

Otro problema, cada vez más acuciante. Muchas veces se ha hecho referencia a la primacía occidental en la creación del primer arte pictórico de la Humanidad. En la constante pugna entre Oriente y Occidente, este último se apuntaba un tanto decisivo, al suponérsele el creador de dicho primer arte. Lascaux y Altamira, para citar dos ejemplos que todo el mundo conoce, bastaban para justificar esta pretensión hegemónica. Además, los especialistas han ido relegando todos los restantes conjuntos de arte rupestre prehistórico que en cantidad extraordinaria se han ido descubriendo en otros continentes, a etapas posteriores al Paleolítico, con lo que quedaba el núcleo occidental europeo como mucho más viejo, como el primordial. Esto aparte de que aparecía también como el más próximo estéticamente a nuestro gusto.

Pues bien, así las cosas, nuestros colegas rusos han descubierto en los últimos años un conjunto impresionante de pinturas en cuevas del Ural. Os confieso

que cuando se nos dio a conocer el hecho en el Congreso de Roma, hace dos años, la noticia me impresionó fuertemente, pero acaso menos de lo que me ha impresionado el escuchar el relato de su descubridor, el profesor Bader y ver las fotografías en color y las reproducciones que mostró en el reciente congreso de ciencias antropológicas y etnológicas del pasado agosto en Moscú. Los mamuts y caballos en rojo, naturalistas, recordando claramente ciertas figuras del arte rupestre cántabro-aquitano, son de gran belleza. Con ello, queda planteado un grave problema de prioridad que no podrá ser resuelto hasta que tengamos datos más concretos sobre la cronología atribuida a las pinturas del Ural. Aunque por ahora podamos seguir opinando que en Occidente se dieron los primeros pasos en el arte pictórico.

Lo más inquietante para mí es la convicción que me ha ido ganando de que a la oleada solutrense se debe la expansión de la pintura sobre roca y para quienes acepten el origen europeo oriental del Solutrense, una conjunción en el este de Europa de los dos factores, utillaje y arte pictórico, podría sugerir una razón convincente para la expansión desde allí de esta turbadora oleada de posibles arqueros.

Viniendo al arte rupestre español de la época, puede decirse que su estudio cae casi todo en el último medio siglo, aunque la mayoría de sus grandes estaciones se hubieran conocido inmediatamente antes. Los hallazgos no se han interrumpido nunca y en los últimos años han sido muy importantes. El actual desarrollo de la afición espeleológica, sin duda habrá de tener como consecuencia, numerosos hallazgos de este género en los próximos años. Dejamos aparte

el arte rupestre levantino. En cambio, en el campo del arte mueble, la cosecha es muchísimo más pobre y, si exceptuamos el caso excepcional del Parpalló, carece de importancia ante la riqueza enorme que en este ramo ofrecen el centro y sur de Francia.

Cuando nos enfrentamos con este rico arte rupestre hispano del Cuaternario y tratamos de ordenarlo, podemos tomar dos caminos: Uno es el de analizarlo con el criterio del crítico de arte actual, tratándolo como cualquier otro arte pictórico de cualquier época. En este sentido, creemos que se pueden lograr grandes resultados y lo que críticos tan excelentes como los profesores Camón, Castillo y Gaya Nuño, han escrito sobre este tema, hace desear que sigan profundizando en el mismo. Otro camino, es el del arqueólogo, que trata de establecer la secuencia de estilos y encajarla en el complicado esquema geoclimático que constituye la mejor pauta para los tiempos cuaternarios.

En este último camino, todo lo que va de siglo se halla bajo la constelación del mayor genio que la Prehistoria ha producido y que difícilmente podrá producirse de nuevo, dada la especialización y los métodos que van imponiéndose. Se trata del abate Henri Breuil, a quien ya hice referencia. Pero es en este problema del arte rupestre donde su labor fue más profunda y continuada, hasta el punto de avasallar con su personalidad cualquier tentativa de orientar el problema de manera diferente a la suya. Por esta razón no han podido surgir, al margen del sistema que él fue estableciendo para la evolución del arte rupestre cuaternario del occidente de Europa, y que, como suele ocurrir, en sus líneas generales quedó fi-

jada en sus primeras obras sobre el tema, más que débiles atisbos, reservas tímidamente expresadas y puntos de vista disidentes antes dichos de palabra que escritos. Éste es el tributo que la Ciencia ha de pagar por la presencia de un gran maestro.

Hace dos años que perdimos a Breuil. La historia del arte rupestre español le debe lo mejor de la misma. Todos le debemos enseñanzas y consejos. Breuil se dio por entero, estuvo siempre dispuesto a acudir donde un hallazgo importante se anunciase y a desprenderse de su tiempo, sin contrapartida económica. Al desaparecer, queda abierta de nuevo la polémica sobre los problemas del arte rupestre cuaternario. Sus últimas lecciones en público, en las que hizo importantes concesiones, se desarrollaron en el simposio sobre arte rupestre que me cupo el honor de dirigir en Burg Wartenstein, en julio de 1960. Ahora esperamos que los especialistas, pacientemente, elaboren un nuevo sistema que elimine los posibles errores que el viejo sistema de Breuil contenía.

Especialmente, creemos que hay que rehacer esa doble secuencia que Breuil establecía al romper la continuidad evolutiva del arte supestre entre el auriñaciense y el solutreomagdaleniense. Por otro lado, hay que valorar los argumentos que ofrecían las placas pintadas del Parpalló, el único yacimiento donde piezas semejantes —las únicas con cronología segura— existen. De esta valoración se deduce una consecuencia clara, el papel que la cultura solutrense —refleje ésta una moda o responda a una variante étnica— juega en la difusión del arte de la pintura. ¿Habrán que buscar en este aspecto la razón de la existencia en los Urales de un arte supestre muy «occi-

dental» en relación con una posible extensión solutrense?

Otro problema interesante es el del posible contraste entre una provincia mediterránea y otra provincia cantábrica, en relación artística con la zona francesa. La Pileta y Parpalló, para citar los dos puntos clave solamente, ofrecen entre sí características paralelas, que las diferencian de las obras de arte nórdico. Por otro lado, muestran ciertos paralelismos con el arte de los yacimientos italianos y acaso no es imposible enlazarlos a través de ellos con estilos norteafricanos. Tendríamos así una provincia artística del Mediterráneo occidental, que tendría su paralelo, en el dominio industrial, en determinadas características del utillaje que predomina a lo largo de las estaciones costeras de esta parte de nuestro mar.

Aun podrían señalarse otros problemas, que quienes estudien en los próximos años nuestro arte cuaternario, habrán de resolver. Así por ejemplo, el caso de las manos pintadas, para el que poseemos un nuevo dato en la cueva cacereña de Maltravieso. Este caso se ha puesto interesante por los repetidos hallazgos del mismo motivo en estaciones de otros continentes. Las manos, mutiladas o no, en negativo o en positivo, de los abrigos patagones, han sido puestas por Menghin en lejana relación, como un curioso fenómeno de difusión cultural, con las de nuestras cuevas francesas y españolas. La distancia cronológica entre unas y otras correspondería a la distancia geográfica, pero un nexo de mentalidad y un paralelismo técnico las uniría.

LOS PRIMEROS ESPAÑOLES

Hace unos años escribí, acaso con demasiada seguridad, sobre los primeros españoles, dando por sentado que tal denominación debía darse a los pobladores de España durante el Paleolítico superior. No es imprudente considerar que su número puede fijarse entre cincuenta y cien mil almas. Mentalmente serían parecidos a nosotros —los argumentos para ello son fáciles— y físicamente también se nos parecían. No es éste el lugar para discurrir más detalladamente sobre el tema, pero sí he de insistir en que al cabo de unos años sigo manteniendo aquella hipótesis que tan sólo matizaría en lo referente al tipo físico de esos primeros españoles y su perduración en edades posteriores, de acuerdo con los estudios de los profesores Alcobé y Fusté, estudios definitivos sobre la paleoantropología española y que en conjunto comprueban la continuidad de la población española a través de la Prehistoria.

Llegamos así a un momento crucial de la historia humana, a la crisis que separa el Paleolítico de los tiempos posteriores, producida por los cambios ambientales del final del glaciario, o por lo menos de sus oscilaciones hacia un clima más templado. Para esta etapa, epipaleolítico, mesolítico, no sabemos mucho más que hace cincuenta años. Muchos yacimientos de la época carecen de estratigrafía y sólo en unos pocos: Hoyo de la Mina, Muge, cueva de la Cocina, podemos encontrar una base para establecer una serie evolutiva y para tratar de ligar su cultura con fenómenos contemporáneos, bien de Francia, bien del norte de África.

EPIPALEOLÍTICO

Una evolución en el instrumental, que es predominantemente microlítico, nos conduce desde las formas geométricas que se dan ya en el Magdaleniense, y que parecen derivar de ese epigravetiense tan propio del Mediterráneo occidental, hasta las series microlíticas que desde hace tiempo se relacionan con las sauveterrienses y tardenoisienses de Francia, acaso en contacto o relación con las similares del norte de África.

Todo ello lo vemos muy bien en los niveles sucesivos de la cueva de la Cocina (Dos Aguas). En un nivel medio de la misma, aparecieron una serie de plaquitas grabadas, con motivos puramente geométricos. Todo su aspecto sugiere el carácter de fetiches con vago simbolismo humano, comparable a lo que piezas semejantes nos muestran en yacimientos mesolíticos franceses o en países y continentes mucho más lejanos. Si nos fijamos del paralelismo francés, pondríamos dicho nivel con tales plaquitas en una fase correspondiente al aziliense.

Qué contacto pudo ello tener con el mesolítico norteafricano, capsiese e iberomauritánico, no es fácil decirlo, sobre todo en este momento en que son muchos los autores que creen que el Estrecho no fue cruzado por el hombre hasta el Neolítico. Por nuestra parte creemos que sí hubo contacto, pero el intentar demostrarlo nos llevaría demasiado lejos.

Otra industria que se ha venido colocando en el Mesolítico y que ofrece hoy problemas difíciles, es el llamado Asturiense. Descubierta y dado a conocer

por el Conde de la Vega del Sella, con estratigrafía que parecía clara en los concheros, en la boca de algunas cuevas cantábricas, y con una cronología relativa que le llevaba hasta el conocimiento de la cerámica, constituía el Asturiense una de las industrias más curiosas de la Prehistoria peninsular.

Pronto se vio que no debía ser otra cosa que la revitalización de unas técnicas rudimentarias, cuando la crisis del Epipaleolítico arruina y despuebla de caza y de habitantes la zona cantábrica tras varios milenios de vida fácil. Tales técnicas habían ocupado durante el espacio de varias glaciaciones la zona noroeste de la Península y en las playas gallegas y del norte de Portugal quedaban los vestigios de esas industrias, con fecha indeterminable.

Hubo un momento de euforia para el Asturiense, en que se buscaron paralelos en Irlanda y hasta la lejana extremidad meridional de África. Más cerca, nosotros creímos haberle hallado una facies catalana con la tosca industria de cuarcita de las cuevas del Montgrí.

Todo ello ha experimentado en estos últimos años una profunda crisis y a la anterior visión se la ha querido sustituir por la hipótesis de que el Asturiense sería una industria arcaica del Paleolítico inferior. Tal ha sido la hipótesis que un geólogo, también de la escuela barcelonesa, Noel Llopis, y un arqueólogo discípulo mío, Francisco Jordá, han elaborado. No tengo razones que oponer a tal hipótesis y estoy dispuesto a aceptar la traza arcaica de tales industrias que existirían probablemente durante la tercera glaciación, con una raíz más vieja todavía. Pero sigo creyendo que las observaciones del Conde de la

Vega del Sella y de Obermaier no eran totalmente erróneas y que existe un asturiense postpaleolítico que perdura hasta la aparición de la cerámica, durante el cual se especializan y llegan a sus manifestaciones más extremas algunos de sus útiles, como los picos.

Respecto del Montgrí y sus yacimientos atribuidos al Epipaleolítico, se trata de hallazgos tan superficiales, en el polvo reciente entre las rocas de base de las cuevas, que nos costaría trabajo admitir para ellas una antigüedad que las llevara más allá del final del Pleistoceno. Para otros yacimientos como la Cova de Mollet, en Serriñà, no tenemos criterio formado, pero no puede perderse de vista que en los yacimientos del Paleolítico superior, el Parpalló por ejemplo, las cuarcitas mal talladas, que en nada se diferencian de los útiles de la *pebble culture*, se presentan con relativa frecuencia, lo que confirma que a lo largo del Paleolítico esta técnica que permitía obtener un filo cortante de un guijarro de cuarcita estaba viva al lado de las técnicas más avanzadas. Se trata sencillamente de un fenómeno de perduración, elemental en Etnología.

EL ARTE RUPESTRE LEVANTINO

A esta época, *grosso modo*, hay que traer la fase naturalista del arte rupestre levantino. He aquí un problema que ha promovido largas y envenenadas polémicas y ha animado, acaso con exceso, el ambiente prehistórico español durante varios decenios.

Cuando empecé a estudiar estas cuestiones, no había duda acerca de la distinción entre un arte de

raíces ultrapirenaicas y un arte levantino, de raíz capsiese, ambos naturalistas y contemporáneos. Se conocía sólo una pequeña parte de los conjuntos de que hoy tenemos noticia. En 1918 fui testigo de la conmoción que produjo en el ambiente científico el descubrimiento del grupo de abrigos del barranco de la Valltorta. Siguiéron Tormón, Bicornp, Ares, Dos Aguas, Alacón, para citar sólo los descubrimientos más importantes.

Paralelamente fueron surgiendo las voces, de autores españoles primeramente (Hernández Pacheco, Cabré, Durán y Sanpere) que al principio vagamente y ya en 1925 en forma orgánica (Hernández Pacheco) presentaron un esquema enteramente opuesto al que se consideraba como la ortodoxia. Para la nueva tendencia, el arte rupestre levantino tenía una cronología más baja que la que le era atribuida por Breuil, Obermaier y Bosch. En cierto modo pudo parecer que era una pugna entre la ciencia española y la extranjera. Esto sería simplificar demasiado el problema, pero es innegable que la autoridad internacional indiscutible de Breuil y Obermaier ejercía una cierta coacción en el ambiente y que el prestigio de escuela no facilitó una comprensión imparcial de la cuestión.

Como tantas veces ocurre, la pugna tenía algunos aspectos puramente nominales. Así era inútil discutir sobre si el ambiente reflejado por las pinturas era el paleolítico o el mesolítico. Estas divisiones, como todas las que se hacen en el estudio de la Historia tienen algo de artificial y nunca debemos considerarnos atados por un marco que nosotros mismos hemos elaborado, a veces apriorísticamente. Las pinturas podían ser culturalmente paleolíticas aunque su cro-

nología absoluta las llevara a milenios que rozan ya con el Neolítico.

La historia de las luchas alrededor de esta cronología del arte rupestre levantino, en los últimos veinticinco años, es muy compleja y no siempre la discusión supo mantenerse por encima de los personalismos. Por último, los contactos entre los defensores de los contrapuestos puntos de vista se multiplicaron y fue posible por fin, en 1960, reunir alrededor de una mesa a los más destacados adalides de las diversas tendencias. Ello tuvo lugar en el Burg Warstein, el magnífico castillo sede de la Fundación Wenner-Gren, en las proximidades de Viena. El volumen en que se recoge la labor de este memorable simposio está siendo editado en nuestra ciudad, al cuidado del Dr. Eduardo Ripoll y el nuestro.

En dicho simposio se reunieron el abate Breuil, ya viejo, pero vivo y enérgico siempre, con un grupo de adictos a sus teorías (Blanchard, Lantier, Bosch, Porcar), oponentes decididos a las mismas (Almagro, Jordá), eclécticos (Ripoll, yo mismo, Bandi), africanistas (Lohte, Mori). Llegamos allí a un cierto acuerdo, por lo menos la gran mayoría de los concurrentes. En principio, todos estuvimos conformes en que el arte levantino tenía su raíz en el cántabro-aquitano; el entronque puede buscarse en cualquiera de los momentos finales del Paleolítico, cuando aquél no se había extinguido del todo. Luego se produciría el gran momento de ese arte, ya en tiempos postpleistocenos, desarrollándose entonces las escenas humanas. Más tarde se estiliza y surgen las fases más movidas, de técnica «caligráfica», hasta que la tendencia al esquematismo nos indica que estamos próximos al

Neolítico o entrando ya en él. Entonces este arte se extiende por extensas comarcas del Sur, por Sierra Morena, y derivará en las diversas maneras y esquematismos que por la Península se encuentran dispersos hasta extinguirse en los grabados sobre peñas de Galicia y norte de Portugal, las llamadas «insculturas».

En realidad, fuera de este esquema quedaba sólo mi querido colega el prof. Jordá, para quien el arte levantino alcanzó también la Edad del Bronce. Recientes hallazgos, que conocemos mal todavía, nos hacen esperar que algún día aparecerá el enlace entre las dos grandes escuelas con algún ejemplar que nos aclare la presencia por vez primera de figuras humanas junto al arte naturalista propia de las etapas paleolíticas.

Aun admitiendo esta interpretación moderada, quedan muchos cabos sueltos por comprobar. Así, por ejemplo, nos preocupa el hecho de que en la cueva de la Cocina, en pleno ambiente de arte rupestre de estilo levantino, se den unas plaquitas, de piedra, con grabado geométrico puramente simbólico. Existe también la posibilidad de que las diferencias de estilo que observamos entre los diferentes grupos tengan una razón geográfica, tribal, en lugar de un significado cronológico.

EL NEOLÍTICO

Cuando alcanzamos los tiempos neolíticos obtenemos la impresión de que nos hallamos en la aurora de los tiempos modernos. Es bien conocida la teoría que distribuye las edades de la Historia a base de una Edad Antigua que abarcaría el largo primitivis-

mo de los tiempos paleolíticos y epipaleolíticos y una Edad Moderna que se iniciaría en el Neolítico. Desde otro punto de vista cabría pensar en que desde el comienzo del Neolítico hasta los tiempos presentes se extiende una Edad Media y ahora se iniciaría la Edad Moderna de la Humanidad. Todo ello nos parece bien si tratamos de dividir la Historia humana tomando sólo en cuenta la cultura material. Fácil es comprender que, para nosotros, desde el punto de vista de la cultura espiritual, las grandes etapas de la Historia humana han tenido otros límites.

En cuanto a la proximidad que sentimos respecto de la etapa neolítica, siempre nos ha impresionado el pensar que tan sólo nos separan del comienzo del cultivo de nuestros campos unas ciento cincuenta a doscientas generaciones de agricultores.

Los estudios de los naturalistas y en especial de los paleobotánicos, han acrecido en forma impresionante en estos últimos años el conocimiento de las especies primeramente cultivadas o domesticadas y poco a poco se va perfilando el camino de la difusión de la revolución neolítica por el Viejo Mundo. No hay duda de que sus focos han de buscarse en el Próximo Oriente, con focos más secundarios hacia el Este. Sus comienzos hoy se fechan en época muy remota, siguiendo a poca distancia de los episodios europeos del Mesolítico y ello se debe en buena parte a la aplicación del método del Carbono 14, cuyo valor discutiremos más adelante.

Si el papel del «Creciente fértil» no es negado por nadie, abundan, en cambio, las disputas sobre cuál de sus «cuernos» vio el primer desarrollo de la revolucionaria práctica del cultivo. La polémica entre Jericó y

Jarmo ha animado la investigación en el Próximo Oriente durante los pasados años. En realidad, la historia del comienzo de la agricultura debió ser muy compleja y con lo que hemos aprendido en Siria y Palestina debemos tener tan sólo una pequeña parte de lo ocurrido. Tanto en Jarmo como en Jericó parece que podemos pasar del mundo paleolítico al neolítico de una manera paulatina. Las fechas de Carbono 14 parecen ligeramente más antiguas para Jericó, ciudad cuyo prestigio parece bien fundado en ser la primera agrupación urbana cuya existencia remota podemos comprobar. Si reflexionamos sobre la fecha que se admite para el comienzo de Jericó y los primeros brotes de agricultura y urbanismo, fecha que alcanza y aun sobrepasa según algunos cálculos, el año 6000 a. de J. C., nos damos cuenta de que a mitad de camino entre Jericó y nosotros se encuentra Abraham con todo lo que representa en la historia del pueblo de Israel.

Según esta concepción, que es la que predomina pero que no todos los científicos aceptan, ni el valle del Nilo ni las grandes cuencas fluviales del Asia meridional y oriental habrían jugado papel de cierta importancia en el desarrollo de la revolución neolítica. Esto es muy discutible y si pensamos en que pudo existir una agricultura precerámica —como también pudo darse una cerámica preagrícola— y en que existen plantas y animales que no pudieron domesticarse fuera de las zonas del Sudeste y del Este de Asia, estaremos dispuestos a aceptar unos orígenes más complejos para el Neolítico.

Precisamente poseemos un banco de pruebas al que someter nuestras teorías sobre la difusión de la

agricultura. Nos referimos a América. Aquí se desconocieron las plantas y los animales domésticos fundamentales del Viejo Mundo, mientras un caudal precioso, sin el cual no comprenderíamos la variedad actual de recursos agrícolas ni tendríamos una serie de productos excitantes o medicinales de primera calidad, fue descubierto por los indígenas americanos.

No es de extrañar que el caso de la agricultura americana haya preocupado mucho a los etnólogos. Para los difusionistas extremados no hay otra explicación que la llegada de grupos asiáticos que conocían ya el cultivo. Los descubrimientos de estos últimos años en el Japón (cultura de Jomón) podrían marcar un eslabón en la cadena de difusión de la agricultura hacia tierras americanas. Pero ¿cómo explicar la peculiaridad de las plantas americanas y la antigüedad que las dataciones por el Carbono 14 nos dan para niveles con restos de especies cultivadas? Si se comprueba que los niveles con vestigios de agricultura en algunos yacimientos (*Danger cave*, Utah) alcanzan el séptimo milenio antes de J. C., incluso podríamos suponer, como han hecho algunos autores norteamericanos, que la agricultura nació en el Nuevo Mundo y que desde allí pasó al continente asiático.

En favor de una invención aislada de la agricultura en América milita el caso del maíz, planta de domesticación difícil y de cultivo delicado, cuyos primeros vestigios aparecen en forma de minúsculas mazorcas en yacimientos mesoamericanos, hasta cuatro milenios antes de nuestra Era. Es admirable lo que los paleobotánicos americanos han llegado a descubrir sobre la historia del maíz, a pesar de lo cual el problema de la difusión de esta útil especie, en

relación con variedades asiáticas que también parecen muy primitivas, no está resuelto todavía.

Acaso, como se ha dicho, lo que viajaría sería la idea del cultivo, transmitida de tribu a tribu. Esto explicaría la diferencia entre la lista de plantas cultivadas en América y las del Viejo Mundo. En cuanto a Europa, pudo existir algo parecido en los tiempos protoneolíticos, pero no estamos todavía en condición de reconocerlo y los problemas de difusión de la revolución neolítica por Occidente son aun insolubles.

EL NEOLÍTICO Y EL ENEOLÍTICO HISPANOS

Respecto de España, sabemos aun muy poco acerca de cómo y cuándo alcanzó nuestras tierras aquella fecunda revolución económica. Debió tratarse de un cambio muy complejo y que pudo durar fácilmente un par de milenios. En tal caso podríamos pensar en una especie de protoneolítico insertado en la vida cazadora de las tribus más próximas a la costa mediterránea o a los pasos pirenaicos orientales y que en sus diversas fases pudo abarcar los milenios quinto y cuarto. No es sólo la idea y la práctica del cultivo lo que se difunde, sino que también y al mismo tiempo se perfeccionan y progresan rápidamente una serie de otras técnicas, como el tejido y la cerámica. Hoy, con la falsa perspectiva de los siglos, nos aparecen estos inventos como juntos en su aparición. En realidad pueden haberse producido con grandes diferencias cronológicas entre sí y cada uno tendrá su propia historia y sus propios caminos.

Que el cambio fue trascendental, lo apreciamos

en seguida. El inicio de la vida urbana, la multiplicación de yacimientos, todo da idea de una sociedad que se transforma económica y socialmente. Quisiéramos tener cifras del crecimiento de población que el Neolítico supone, pero cuantas veces hemos intentado hacer un cálculo nos hemos dado cuenta de nuestra falta de datos. En el momento actual nos sentiríamos inclinados a pensar que un salto de cien mil españoles en el momento de apogeo de los cazadores paleolíticos a un millón en la segunda mitad del tercer milenio, cuando las riquezas metalíferas de la Península le proporcionan otro momento álgido, nos parece verosímil. Este millón de españoles se habrá convertido dos mil años después, en el momento feliz de la paz romana, en unos cinco millones.

Dos problemas capitales se nos plantean con el Neolítico hispano: la fecha y el origen de su primer impulso. Es éste uno de los aspectos de nuestra Prehistoria en el que hemos visto más oscilaciones a lo largo de este medio siglo. Cuando yo era un simple estudiante, la cuestión de la cronología de la fase final del Eneolítico y el comienzo de El Argar, a base de los paralelos troyanos, fijando aquel momento en el 2500 a. de J. C., constituía una de las preguntas que reaparecían periódicamente en los exámenes y por tanto que todo alumno debía tener preparada. Nuestro maestro el profesor Bosch había publicado la traducción del trabajo de Hubert Schmidt sobre el tema, que era una bella muestra de la técnica germana. Después, con Aoberg y otros autores nórdicos, corrió por nuestra cronología prehistórica un vendaval de acortamiento, basado en interpretaciones, que hoy sabemos muy erróneas, de los estratos troyanos,

que encandilaron a algunos de nuestros jóvenes profesores, y casi mil años se recortaron en el viejo esquema. Después vino la reacción en el sentido de dejar para la Edad del Bronce una fecha relativamente avanzada, en Occidente, mientras se deja a la etapa neolítica una fecha próxima a la que en otros tiempos se le había reconocido. La difusión de la cronología a base de las fechas obtenidas por el Carbono 14 ha roto el equilibrio que se había alcanzado hace unos quince años y al darnos cifras muy altas, superiores al 4.000 a. de J. C., para el neolítico centroeuropeo y su prolongación por los Países Bajos, obliga a llevar el comienzo de nuestro Neolítico a fechas parecidas. Pero, como veremos, no podemos dar un valor definitivo a las fechas del Carbono 14.

En cuanto a los caminos que las prácticas de la nueva economía tomaron para alcanzar nuestras tierras, reinó hasta hace poco un gran conformismo y unanimidad —en Prehistoria son siempre peligrosas estas fases de asentimiento general a una hipótesis— para buscar la ruta del Neolítico hasta la Península en el camino norteafricano desde el Egipto. Argumentaban en favor de los viejos prejuicios de contactos africanos, paralelos estilísticos en el arte rupestre, semejanzas en la industria (recuérdese el capsense), en especial la cerámica, entre uno y otro espacio. ¿Qué mejor explicación teníamos para situar el supuesto foco camita de los iberos?

En realidad, nadie había estudiado el problema detenidamente y sucumbíamos a la facilidad o a la eufonía de un vocablo como hispanomauritánico o iberosahariense sin saber exactamente cuál fuera en realidad el contenido de tales conceptos, lo mismo



que había ocurrido con la cultura iberomauritánica del Mesolítico.

Hace unos años empezó a sentirse la fuerza de la reacción que podríamos llamar europeísta, nórdica. Gracias sobre todo a la labor de los arqueólogos italianos, se precisaron una serie de contactos culturales entre el norte de Italia y las tierras danubianas. Estas últimas aparecen en contacto directo con los centros, en el Asia Menor, en el Cáucaso y sur de Rusia que hoy sabemos que alcanzan un alto grado de madurez ya en el cuarto milenio a. de J. C., en relación con Siria y Mesopotamia, en una palabra, con los forjadores de las concreciones sociales y políticas nacidas de la revolución neolítica. Así por ejemplo, se llegó a la conclusión de que la cultura de los sepulcros de fosa de la costa mediterránea española, que era uno de los elementos que Bosch situaba en un Eneolítico inicial como típico de la cultura de Almería en expansión hacia el Norte, no era sino el resultado de una inmigración o influencia a través del Pirineo como podría serlo también la cerámica impresa. En una palabra, el Neolítico español había llegado por el camino europeo. El viejo camino africano aparecía ahora como en un fenómeno de mutación sorprendente, como imposible, cerrado por culturas arcaizantes que sólo tardíamente recibirían las oleadas nilóticas donde habíamos buscado años antes la explicación de nuestro supuesto africanismo fundamental.

Los parecidos innegables entre ciertos tipos culturales hispanos y norteafricanos en dicha época (cerámicas decoradas de la costa atlántica de Marruecos por ejemplo) podrían ser debidos, repitiendo acaso

lo sucedido en el remoto solutrense, a un reflujo cultural desde la Península a África.

¿Cuál puede ser la posición de quien se sienta africanista todavía? Vaya por anticipado que en esta polémica, los jóvenes investigadores enemigos de la idea tradicional han sabido defender sus puntos de vista renovadores sin descender al ataque personal ni despreciar las hipótesis anteriores. En estas páginas no hemos citado apenas nombres, pero será justo indicar que el adalid de esta renovación ha sido un miembro de la escuela barcelonesa, el profesor Tarradell.

La realidad de la influencia dominante europea, que llega incluso a trasladar a España formas tan definidas como los vasos de boca cuadrada, no puede ser negada. ¿Puede esta influencia explicarlo todo? Creemos que no. Del mismo modo que la hipótesis africana no lo explicaba todo, la que hiciera valer un origen puramente europeo dejaría muchas cosas en el aire: antigüedad y riqueza de las cerámicas impresas en el Levante y Sur, contactos innegables con África, en sílex, cerámicas y arte, difusos contactos que más que africanos hemos de calificarlos de mediterráneos —y en este sentido la gran cantidad de elementos mediterráneos, aunque algunos sean tardíos, que se descubren en las Canarias, no son argumento despreciable. Incluso diríamos que los argumentos puramente antropológicos hablan en el mismo sentido, pero preferimos dejar estos argumentos a los especialistas, como el doctor Fusté, que bajo la batuta de nuestro actual y Magnífico Sr. Rector, el doctor Santiago Alcobé, han renovado el conocimiento de nuestras poblaciones prehistóricas con una se-

guridad que impide que alegremente nos pongamos a barajar esos datos.

Al comienzo de nuestra vocación pensamos profundizar en el estudio de las relaciones entre el Próximo Oriente y nuestro Neolítico y Eneolítico. Como tantas bellas ilusiones de la juventud aquel propósito no llegó a cumplirse. Después hemos visto que otros jóvenes se proponían un tema semejante. Ojalá alguno lo realice. Pero de aquel propósito frustrado han quedado algunos cortos estudios. Uno de ellos se refiere a los brazaletes de pectúnculo que se dan en un neolítico avanzado o en los primeros tiempos del conocimiento del metal en las zonas costeras hispanas y al que se encuentra fácil paralelo en el Egipto predinástico y de las primeras dinastías. Otros han sido señalados por mí, sin olvidar que ya en 1912 el alemán Wilke supo reunir un buen cúmulo de ellos. El problema para tales paralelos es que no poseyendo elementos parecidos procedentes de lo que habrían tenido que ser etapas intermedias, nos sentimos tentados a suponer una comunicación directa por mar y al llegar a este punto nos encontramos con el constante problema de la navegación prehistórica para el cual estamos faltos de noticias auténticas. En especial nos desorienta la falta de hallazgos realmente antiguos en las Baleares, que habrían de ser lógicamente el lugar de paso, en una navegación que no pudiera perder de vista las costas, por el centro del mediterráneo.

Muchos son los restantes aspectos del Neolítico hispano que han sido objeto de renovación en el último medio siglo. No podemos examinarlos todos. Uno de ellos se refiere al proceso de esquematización en la

pintura y el grabado rupestres que inunda por así decirlo toda la Península. Creo que tenemos aquí un elemento de perduración de las antiguas poblaciones hispanas.

Otro es el problema antropológico derivado de la presencia de braquicéfalos por vez primera en la Península, frente a la población fundamentalmente dolicocefala que dominaba en ella desde los tiempos paleolíticos. Se trata de un elemento venido de Europa y que debe estar en relación con esas aportaciones nórdicas a que nos referimos.

No es posible hablar de Eneolítico español sin plantearse el problema del metal. Es posible, aunque no seguro, que se empleara entre nosotros el cobre antes de que se conociera el bronce. Es posible también que se usara el cobre sin aleación, a pesar de conocerse ya el bronce, por carencia de estaño, aunque éste debió buscarse pronto en los focos atlánticos, que eran españoles o en los que España servía de intermediaria. Nos faltan análisis para decidirlo. En todo caso es imposible hoy, aunque lo intentamos hace unos años, prescindir de reconocer una etapa, una gran etapa en nuestra Historia, en la que junto con todas las viejas tradiciones de la Edad de la Piedra se insertan los nuevos conocimientos y materiales que están dando un tinte de modernidad —estamos ante el nacimiento de la química— a la vida de nuestros primitivos. Esto es lo que seguimos llamando Eneolítico. Pero el reconocimiento del mismo no creemos que haya de llevar aparejado como algunos de mis colegas ha sostenido, el relegar al olvido la existencia de un auténtico neolítico sin metal.

Hablar del Eneolítico español sin hacer referencia

al vaso campaniforme y a los sepulcros megalíticos sería absurdo. Del primero, elemento precioso científicamente y bello, fruto de una artesanía que en adelante habrá de dar muchas excelentes obras maestras, se ha escrito y se sigue escribiendo mucho. A él ha dedicado su mejor esfuerzo desde los días de nuestro aprendizaje en estas aulas, mi colega el profesor Castillo. Su reconstrucción de lo que pudo ser la cultura del vaso campaniforme ha sido todo lo sólida y definitiva que una elaboración en el campo de la Prehistoria puede llegar a ser. Sin embargo hoy se levantan voces con nuevas ideas. Se ha supuesto que este tipo cerámico sería la tarjeta de visita de grupos étnicos dináricos llegado a la Península. En las recientes hipótesis de Sangmeister se acepta un foco español pero con reflujos de formas tardías modificadas por los gustos centroeuropeos hacia la Península. Por nuestra parte seguimos opinando que el vaso campaniforme se forja y desarrolla en España, partiendo de un esquema decorativo que aquí se dio ya con anterioridad en la cerámica cardial. El que llegase a las cuevas mogrebinas es una prueba concluyente de los contactos a través del estrecho de Gibraltar durante la segunda mitad del tercer milenio.

En cuanto al desarrollo del megalitismo, tampoco cabe duda de que se trata del último destello hacia Occidente de la gran arquitectura que se había desarrollado, en especial con finalidades funerarias, al comenzar el apogeo cultural ocasionado por la metalurgia. También en este punto los últimos cincuenta años han presenciado cambios decisivos. Al orientalismo de tiempos anteriores sucedió una reacción contra lo que se llamaba el espejismo oriental. Esta reac-

ción (autores portugueses, prof. Bosch) llegó a fomentar la idea de una creación peculiar de Occidente. Portugal habría sido dicho foco independiente y así se explicaría el que dicho país presentara todos los eslabones de una evolución tipológica y perfectamente establecida. Pero la reacción de los difusionistas, que hoy dominan en el campo de la Etnología, fue violenta y presentaron lo que creíamos proceso de perfeccionamiento en las estructuras, como todo lo contrario: habrían llegado de Oriente los modelos de los grandes monumentos, que luego irían imitándose y degenerando en formas simples, propias de comarcas pobres y montañosas. Esta última hipótesis, después de las excelentes publicaciones de los beneméritos esposos Leisner sobre los dólmenes portugueses, no parece poder sostenerse. Los ajuares de multitud de dólmenes sencillos confirman una relativa antigüedad para estos tipos, mientras las estructuras más complejas y elaboradas, los ejemplares de sepulcros de cúpula por ejemplo, deben pertenecer a un momento avanzado. Otro hecho indudable es la perduración de tales estructuras como sepulcros colectivos hasta la avanzada Edad del Bronce. A su lado están cobrando gran interés los conjuntos de cuevas funerarias artificiales que se van conociendo.

En una palabra, tanto los sepulcros megalíticos como el vaso campaniforme han de ser objeto de renovados estudios y de comparaciones con el resto de Europa y del Mediterráneo.

¿Qué pensar hoy de las áreas culturales hispanas durante el Neo-Eneolítico que presentó el profesor Bosch y constituyeron una de las claves de todo su sistema? Sólo en parte puede decirse que se mantie-

nen, ya que los repetidos descubrimientos han desdibujado su carácter, que respondía a una realidad que es forzoso estructurar de nuevo. He ahí una bella tarea para alguno de nuestros jóvenes arqueólogos.

LA EDAD DEL BRONCE HISPANA

Todo este trasiego que el Neolítico y Eneolítico suponen, parece reposarse en los siglos de la Edad del Bronce. Sin duda, durante la misma, buena parte del país seguía las viejas tradiciones paleolíticas en las que se insertaron algunos de los inventos del Neolítico. Pero por una parte el Sur y Sudeste ven el desarrollo de la llamada cultura de El Argar, a la que se ha buscado un origen anatolio, con sus poblados-fortaleza, sus cerámicas bien hechas aunque sin decoración y su riqueza en ornamentos, útiles y armas de bronce. Por otra, la zona atlántica, en especial su parte norte, desarrollan una brillante cultura con abundancia de piezas de oro y otros elementos que la relacionan con Irlanda, Bretaña y, cosa curiosa, a través de ciertos tipos de grabados, con la isla de la Palma en las Canarias. Ese tráfico atlántico, de que siglos después se hará eco Aviño, nos obliga a suponer una situación climática con condiciones marítimas más favorables que en la actualidad que permitiera a una navegación rudimentaria el recorrido de esos trechos de mar difíciles.

En esa época, las Islas Canarias se habían poblado ya hacía tiempo. En ellas penetró desde la costa africana vecina, una población en la que dominaban elementos de la variedad africana de la raza de Cro-Magnon o tipo de Mechta-el-Arbi, los antepasados del

tipo guanche que en la actualidad forma el elemento más genuino de la población. El primer poblamiento sería prudente colocarlo por lo menos en tiempos mesolíticos. Más tarde llegaron innumerables influencias mediterráneas, no sabemos bien por qué caminos. Cada isla tiene su personalidad acusada. Ya hemos citado la aportación atlántica en la isla de la Palma. Gran Canaria es la más afín a las cosas mediterráneas. Cuando se contempla el conjunto de pinturas y grabados de Balos, en esta última isla, se observan tres series de representaciones con sus características propias. En ellas se adivinan tres culturas superpuestas y una de ellas ofrece un marcado parecido con las pinturas esquemáticas de Andalucía. En cuanto a Tenerife, es la isla que produce el efecto de contener lo más puro de la tradición cultural y étnica de la primera oleada africana, probablemente en el Mesolítico, sirviendo de refugio a una población que nuevas gentes mediterráneas arrinconaban.

Las Canarias tienen para nosotros otro aliciente. Guardan un gran secreto, el de las posibilidades de contactos fortuitos con América. Se ha mirado siempre hacia el Pacífico cuando se han buscado paralelos entre el Nuevo y el Viejo Mundo, olvidando la relativa proximidad de ambos a través del Atlántico y la facilidad con que vientos y corrientes llevan de Canarias a las Antillas. En recientes conversaciones, este mismo verano, con Thor Heyerdahl, el audaz navegante que probó la posibilidad de viajar en una balsa desde las costas del Perú hasta las islas oceánicas, coincidimos en la necesidad de estudiar más a fondo esta cuestión para lo que su ayuda ha de ser esencial.

Si de un archipiélago atlántico pasamos a otro mediterráneo, nos encontramos con un dato que parece cada día más seguro, el de que las islas Baleares o, mejor, Mallorca y Menorca, se poblaron tan sólo en los comienzos de la Edad del Bronce o fines del período anterior, esto es, alrededor del año 2000 a. de J. C. A partir de este momento, comprobamos la existencia de una cultura que juzgamos llegada de otras islas mediterráneas o de la costa ligur, con cerámicas incisas, puñalitos y adornos de metal, que suelen aparecer en cuevas naturales primero y en cuevas artificiales cada vez más numerosas y a cuya apertura se prestaba la roca tobácea que forma el basamento de las islas o de una parte importante de ellas. Sobre esta base cultural se desarrolla, creemos que a partir del último tercio del segundo milenio a. de J. C., una cultura megalítica o ciclópea, reflejo del megalitismo que desde hacía muchos siglos se desarrollaba en comarcas mediterráneas, pero que por causas que desconocemos nos ha dejado el más intenso conjunto que en Europa puede encontrarse de estructuras prehistóricas en piedra. Impresiona contemplar la *Naveta dels Tudons* en Ciudadela, pensando que estamos ante el edificio más antiguo de España, pues cuenta con un mínimo de tres mil años desde que se levantó para servir de tumba colectiva a una familia principesca de la parte occidental de la isla hasta los tiempos presentes en que tuvimos la suerte de poderla restaurar. Y no menos emocionados nos sentimos al enfrentarnos con el enigma de esas *taulas* menorquinas cuyo significado se ha olvidado totalmente a pesar de que sólo un centenar de generaciones nos separa de ellas.

Mucho es lo que falta aun por saber de la arqueo-

logía balear, de sus contactos e influencias. Pero mucho es lo que hemos aprendido en este último medio siglo. Por desgracia la riqueza de restos romanos o por lo menos tardíos, ahoga toda posible estratigrafía y casi borra la posibilidad de una cronología, al menos por ahora. La relación con Córcega y Cerdeña fue frecuente, pero otros paralelos señalan el camino de Sicilia, de Malta o de más allá. Influencias europeas pudieron llegar desde las costas ligures. Entre las dos islas —Ibiza queda fuera inexplicablemente, lo que comprueba el aislamiento respecto de la Península— existen grandes semejanzas y hubo evidentes contactos ininterrumpidos que en múltiples ocasiones serían belicosos, pero existen también diferencias. No sólo las derivadas de la mayor ruina en los monumentos mallorquines por la densidad de su población y cultivos, sino también por darse en Menorca estructuras peculiares, por lo menos las taulas y las navetas con carácter funerario. Ocurre pues aquí lo mismo que en las Canarias, que cada isla mantiene una cierta personalidad y que la navegación constituía un serio obstáculo para la comunidad cultural. Cuando los gérmenes recibidos coinciden, evolucionan en cada isla de manera peculiar, produciéndose resultados que presentan semejanzas y a la vez diferencias entre sí; hay entre ellos sólo una igualdad parcial y relativa.

LA INDOEUROPEIZACIÓN DE ESPAÑA

Cuando en las Baleares se iniciaba con tanta fuerza la fase megalítica, que por la riqueza y abundancia de los restos que nos ha dejado sugieren unos siglos de esplendor y prosperidad demográfica en las

islas, la Península empezaba a recibir con fuerza la influencia de Europa, que iba a lanzar hacia el Sur sus grandes reservas humanas y culturales. Es decir, se iniciaba el proceso de la indoeuropeización del país. No podemos aquí entrar de nuevo en el viejo y siempre debatido problema de los indoeuropeos. Sus raíces étnicas lejanas no pueden estar lejos de las de los pueblos hispanos, pero cuando se alcanzan los siglos finales del segundo milenio la nebulosa primitiva se ha concretado en una serie de grupos étnicos que son el precedente de los pueblos reunidos por sus lenguas dentro de la gran familia indoeuropea. Algunos de estos grupos, moviéndose hacia Occidente, parecen haber penetrado en la Península ya antes de que se alcanzara el primer milenio. De estas posibles infiltraciones primeras no quedan sino residuos toponímicos y algunos leves indicios arqueológicos.

El documento arqueológico, sin embargo, es decisivo a partir de la invasión de Cataluña por los pueblos de la cultura de las urnas, en el siglo IX a. de Jesucristo como fecha más temprana posible. Todo el valle del Ebro se llena después de elementos arqueológicos transpirenaicos, derivados directamente de las fases hallstáticas del centro de Europa. En este sentido dos poblados tan excelentemente excavados como el de Cortes de Navarra, por Maluquer, y del Cabezo de Monleón, en Caspe, por Beltrán, son magnífico exponente de dos facies de este movimiento general que supone una acción seguida durante varios siglos, con múltiples oleadas y movimientos complejos, que han sido reconstruidos hasta donde es posible hacerlo con los datos actuales, por el profesor Bosch, cuyas hipótesis propuestas hace más de cuarenta años, hoy ve-

mos que contenían agudas observaciones y resultan todavía aceptables en múltiples aspectos.

El empuje de esos grupos de gentes de habla indoeuropea bien queramos llamarles ligures, ilirios, ambrones, celtas e incluso germanos incorporados a los grupos celtas, persistió hasta mediados del primer milenio por lo menos. En la toponimia, en la onomástica y en la arqueología sus vestigios lo avasallan todo. Podemos por tanto plantearnos la pregunta de hasta qué punto lo indígena anterior desapareció o se plegó a los invasores o simplemente adoptó sus armas y su cerámica, sus ideas y sus prácticas funerarias. Podemos plantearnos también hasta qué límites geográficos llegó su hegemonía. Si el Sur, tartesio, y el Levante, ibero, se libraron de ella. Y cabe por último discurrir sobre qué consecuencias tuvo todo ello en la formación del alma y de la etnia hispana que brotará incontenible al contacto con lo romano. Suponemos que esta cuestión seguirá discutiéndose durante mucho tiempo, pues en el dramático contraste entre lo que hemos recibido a través del Pirineo y lo que nos ha llegado de África o del Mediterráneo se halla la sal de la Historia de España, uno de los ejes de nuestra vida en los últimos veinte siglos y que acaso siga siéndolo mucho tiempo todavía.

LAS COLONIZACIONES

Paralelamente a esta inundación por lo celta, España sigue recibiendo grandes aportaciones culturales venidas por mar. Por fortuna ahora podemos reconstruir sus caracteres y facetas. Son de un lado las relaciones comerciales con los fenicios, que estable-

cen alrededor del año 1000 sus primeras factorías, a los que seguirán los cartagineses, más interesados aún en el dominio de las rutas marítimas. Por otro, los fecundos contactos con los griegos. No es fácil reconstruir todos los detalles de la colonización griega a pesar de tantos trabajos, excavaciones y estudios como ha provocado. Recordemos las excavaciones de Ampurias, la gran factoría griega de la costa Nordeste y las ahora iniciadas en Rhode (Rosas), otra ciudad de compleja historia, así como los estudios de García Bellido, sin olvidar los de aquel gran precursor que fue Adolfo Schulten. El tema griego será siempre uno de los más atractivos de nuestra Historia antigua por lo que puede representar en la introducción del mundo hispano, de manera definitiva, en el concierto de la civilización moderna.

Que el impacto del helenismo actuando sobre las poblaciones costeras del Este y del Sur provocó esa reacción cultural, y sin duda también política, a partir del siglo VI a. de J. C. que llamamos cultura ibérica, es ya un lugar común. Pero cuando tratamos de profundizar en el fenómeno ibérico las dificultades parecen insuperables. Mucho hemos aprendido sobre los Iberos desde que en 1915 Bosch publicó su trabajo sobre la cerámica ibérica, lleno de sugerencias que en parte aun son válidas y que han permitido al autor volver recientemente sobre el tema. Pero aun andamos confusos en multitud de aspectos de su vida.

TARTESSOS

No es posible tratar del tema ibérico sin hacer referencia a Tartessos, otra de las grandes piezas claves

de la Antigüedad hispana. Aquí sí que apenas hemos avanzado gran cosa en medio siglo a pesar de la explosión de «tartesismo» que la obra de Schulten provocó. La mayor atención que en Andalucía se presta ahora a la Arqueología, la casual aparición de tesoros, a veces tan esplendorosos como el del Carambolo, estudiado por nuestro colega Carriazo, una serie de otros indicios, nos permiten augurar que la arqueología tartesia va a entrar por fin en una etapa de grandes realizaciones que a la fuerza han de traer estupendas novedades.

Mientras éstas llegan podemos seguir imaginando cómo sería el reino de Tartessos y qué realidades se ocultan tras los textos de Avieno, Heródoto o Estrabón. Pensamos en unas gentes con tradición cultural que venía desde el Eneolítico, que pronto habían tenido contactos por mar con quienes llegaban de países lejanos en busca de yacimientos metalíferos, que aprendieron a navegar y que llegaron a constituir una unidad política con jefes cuyo recuerdo quedó en la tradición que así nos conserva el nombre de los primeros personajes históricos de nuestra Patria. Se trata de una monarquía legendaria, cuyos miembros guardaban el recuerdo de su gran antigüedad, que debió impresionar a los primeros griegos que la visitaron. Sólo la fuerza de la dominación púnica del estrecho y de las costas andaluzas explica que al terminar el contacto con el mundo helénico bastaran unos siglos de aislamiento para que de aquel glorioso pasado no quedasen sino unos vestigios sueltos en textos de interpretación difícil, para recreo de eruditos.

Por fortuna tenemos algo que nos asegura que no soñamos y que una realidad histórica se esconde tras

esos textos turbadores. La escritura. Tanto si debe llamarse escritura tartesia la que nosotros hemos considerado siempre como tal y que posee su texto más considerable en el plomo que se descubrió en las excavaciones que en 1928 dirigimos con Isidro Ballester en La Bastida de Mogente, como si tal calificativo debe concederse a la andaluza occidental, que tiene su más conocida expresión en las inscripciones del Algarve, como afirman hoy varios especialistas, entre ellos el profesor Tovar.

En todo caso se trata de un sistema muy arcaico, tomado del Oriente y que sólo pudo adaptarse y evolucionar en un medio culto, socialmente organizado y que no puede ser otro que el que se halla tras los legendarios textos que nos hablan de Tartessos y de sus monarcas.

Entre los muchos problemas que Tartessos plantea hay dos que me obsesionan sobremanera. Es uno de ellos el de si existió en realidad una ciudad importante con el nombre de Tartessos. En esta especie de juego en que andan metidos los historiadores de la España antigua de ir colocando junto a cada una de las muchas ruinas urbanas que conocemos su topónimo correspondiente, sacado de las distintas fuentes escritas con que contamos, nos sobran muchas ruinas y nos sobran muchos topónimos. Uno de los que por ahora carecen de ruinas a que aplicarlo, es Tartessos. Estamos en libertad de opinar que fue una verdadera ciudad o una simple factoría de la que escasos restos pueden quedar, que no se ha descubierto o que la tenemos ante nuestra vista y no sabemos identificarla, que estuvo en la región de Jerez, en la de Sevilla o en la de Huelva. Por mi parte tengo fe en que un día se

habrá localizado Tartessos y las piedras de sus muros aparecerán, venerables, como la mejor reliquia de esos tiempos aurorales de la España moderna.

Otro problema turbador se refiere a saber si los indígenas por su propio impulso, aunque influidos por fenicios u otras gentes orientales, fueron capaces de crear ese complejo político-social, o si hemos de aceptar, como quiere Schulten, la llegada de un grupo, acaso reducido pero eficiente, los *Tursha* o tirsenos (etruscos) u otro grupo mediterráneo parecido, que constituirían el núcleo de esa monarquía. Tartessos estaría entonces en unas condiciones históricas parecidas a las que han solido admitirse para el pueblo etrusco, aunque ahora muchos disientan de tal versión. Si queremos buscar paralelos más recientes los encontraríamos en la acción catalizadora de los pequeños núcleos normandos en la alta Edad Media.

EL NÚCLEO IBÉRICO

De alguna manera lo tartesio se relaciona con lo ibérico. Produce el efecto de que ambas zonas tienen un substrato étnico común pero que forman grupos políticos independientes. Lo ibérico del Sudeste y del Levante maduró culturalmente más tarde. Tomó la escritura y la modernizó. En la plástica y la cerámica los paralelos permiten unificar en muchos aspectos ambas variedades culturales. Sin duda muchas cosas del Levante helenizado pasaron al país tartesio. Que el Sudeste y el Levante hispanos, en especial este último, merecen el nombre de ibéricos es algo indiscutible a nuestro juicio. No importa la fuerza del impacto céltico de los tiempos anteriores al siglo v, ni los

vestigios de la influencia céltica que los yacimientos arqueológicos nos muestran. Para que pudiéramos negar la personalidad de los iberos haría falta echar por la borda los datos de multitud de autores antiguos y una tradición que a sesenta generaciones de distancia vale mucho todavía. Tampoco creemos aceptable relegar el fenómeno ibérico a fechas tardías como si fuera una creación romana o poco menos.

Por el hecho de estar tan a mano los despoblados con los vestigios de las agrupaciones urbanas en esas zonas, tenemos restos ingentes de la cultura ibérica, sobre todo montañas de cerámica. Es cierto que aún no existe un poblado ibérico excavado del todo y publicado debidamente, pero son a centenares los conocidos y explorados, por profesionales o por aficionados. Unos cuantos tienen nombres que se han hecho famosos: Fuensanta, Elche, Mogente, Serreta de Alcoy, Liria, Azaila... Es un mundo que uno siente próximo en muchos de sus aspectos, pues las aldeas algo apartadas en estas regiones tienen rasgos no muy diversos de los que las excavaciones nos permiten entrever. Cuando por rara fortuna unos ceramistas nos dan pintadas escenas de la vida corriente, tal es el caso de San Miguel de Liria, nos acercamos extrañamente a aquellas gentes y las vemos moverse en sus danzas, en sus cacerías, en sus luchas.

Hay algo tremendamente apasionante. Son los textos que, en número cada día mayor, conocemos, epígrafes monetales, cortas palabras grabadas en el fondo de los vasos, epitafios sobre piedras en forma de estelas, probablemente funerarias, inscripciones más largas pintadas en los vasos o grabadas sobre placas de bronce o de plomo. Hemos hecho referencia a los

alfabetos andaluces o tartesios, a los que cabría añadir el púnico y el mal conocido de las cecas de la provincia de Cádiz. En Alcoy y Mula vemos usado un alfabeto griego arcaico, jonio. En el Levante, a partir de la provincia de Valencia, hasta Narbona y hasta el País Vasco y el comienzo de la meseta, el sistema empleado, incluso durante los tiempos de la romanización, es el ibérico por antonomasia o del Nordeste. Se trata de un sistema que conserva muchas formas silábicas, que se escribe de izquierda a derecha y es clara adaptación o evolución de los prototipos tartesios. Se lee hoy sin dificultad y con mucha seguridad, pero los textos no se entienden, pues la lengua en que están escritos se desconoce. Queda la posibilidad de que un día nos demos cuenta de que la lengua era la antepasada de la vasca actual o que descubramos que estos iberos hablaban una lengua ya indoeuropea. Lo primero ha sido defendido desde hace siglos. Creo que si ello fuera exacto ya habríamos interpretado todas las inscripciones conocidas. En cuanto a la segunda posibilidad es cierta para algunas inscripciones como el bronce de Luzaga que está escrita sin género de duda en la lengua de los celtíberos, o el vaso de Ullastret, que Pericay apunta que está también en lengua indoeuropea. Pero no puede aplicarse a los verdaderos iberos cuya lengua es peculiar y sin que podamos por ahora estar seguros de su verdadera filiación y relaciones. El descubrimiento del valor de los signos del alfabeto ibérico, debido al genio de Gómez Moreno, y la atención puesta en este problema, han sido las dos grandes conquistas de este último medio siglo respecto de los iberos. Esperamos que el medio siglo próximo verá la solución del problema de

su lengua y que los textos proporcionarán nombres de ciudades, de personajes y fórmulas que no sean sólo imprecaciones, sino también documentos políticos, pactos, o transacciones comerciales.

El caso de la Cataluña septentrional debe ser peculiar. Hay aquí, como en las vecinas comarcas francesas, una clara influencia ibérica, como lo prueba el uso del alfabeto del Nordeste, pero no podemos hablar ya simplemente de cultura ibérica. Las actuales excavaciones de la ciudad prerromana de Ullastret en el Ampurdán, que con tanto celo dirige Miguel Oliva, nos enfrentan con algo peculiar en que lo ibérico parece entrar en pequeña parte. Todo parece confirmar la población mezclada, indígenas, acaso ligures, celtas e iberos meridionales sobrevenidos, que un par de textos nos permitían ya vislumbrar.

EL DOMINIO CÉLTICO

Todo el Occidente y el Centro de la Península poseen una cultura de tradición hallstática, céltica, en contraste con la cultura de la franja mediterránea periférica. Aquí la arquitectura llega a ser más cuidada que en el ámbito ibérico, acaso por exigencias del clima. La riqueza en armas y adornos metálicos es notable, mientras en el ángulo noroeste, las joyas de oro o plata abundan más que en ninguna otra zona de la Península. Las plantas circulares de las habitaciones dan a las ciudades del Noroeste, castros y citanias, un aspecto muy peculiar e interesante. Es éste un mundo acaso menos brillante que el ibérico, pero también apasionante por lo que significa en el conjunto de la vida española en la etapa prerromana

y aun en la romanización. Nuevas orientaciones parece sugerir para sus inicios la importante excavación del poblado de Soto de Medinilla, junto a Valladolid, por el profesor Palol, también de la escuela barcelonesa.

EL PUEBLO VASCO

Una pequeña zona estaba ya entonces formando algo aparte étnica y culturalmente y es curioso que es la única parte de España que resistió la romanización que había de unificar, hasta donde ello era posible, las tierras peninsulares. Todavía hoy, al cabo de dos mil años, nos otorga el preciado privilegio de convivir con una lengua por lo menos neolítica. El pueblo vasco, que es al que me refiero, es desde el punto de vista lingüístico y hasta cierto punto también desde el antropológico, un curioso fósil que providencialmente se nos ha conservado y que hemos de hacer cuanto esté en nuestra mano para que no desaparezca, absorbido por las exigencias del mundo moderno. Intentar explicar su origen no es posible todavía. Hace años, siguiendo las ideas que el profesor Bosch había sugerido, redacté mi tesis doctoral sobre la cultura megalítica pirenaica que identificábamos como el substrato arqueológico, pudiéramos decir, del pueblo vasco. Éste sería descendiente de los grupos de pastores llegados desde el Cáucaso a través de Europa e instalados en el Pirineo, donde adoptarían el tipo de enterramiento en dólmenes. Los restos humanos hallados en estos últimos presentan ya las características antropológicas de los vascos modernos. En el Neolítico ocupaban todo el Pirineo, por lo me-

nos en su vertiente hispánica, pero más tarde vieron reducidos sus límites por la presión de los grupos célticos invasores por los pasos de los Pirineos y de los iberos del valle de Ebro.

Pero la anterior hipótesis es difícil de probar. Hoy vemos en la parte baja del País Vasco una zona dolménica con grandes monumentos que parecen derivar de las ricas zonas occidentales. Por otra parte, los autores vascos siguen queriendo encontrar una de las raíces del pueblo vasco en los magdalenenses. Nuevas hipótesis antropológicas y lingüísticas han complicado el cuadro, que suponíamos más sencillo de lo que es en realidad. Quedan todavía vasco-iberistas, y realmente no está claro hasta qué punto la simbiosis entre esos viejos indígenas y los iberos pudo dejar su huella en el lenguaje. Éste nos parece más propio de una etapa neolítica que de una fase de cazadores paleolíticos.

En resumen, un pueblo entrañable para el arqueólogo y un enigma insoluble por ahora que bastaría por sí solo para animar la Prehistoria hispánica.

EL EMBRUJO DE LA PREHISTORIA

Hemos visto en la rápida ojeada que acabamos de dar a los resultados que en esos últimos cincuenta años ha conseguido la Prehistoria española y de los que en forma más o menos directa me ha cabido la fortuna de ser testigo, cuánto se ha logrado desenrañar, cuántas cosas desveladas, de grandes hechos históricos de que se había perdido todo rastro en el recuerdo de los hombres y que por tanto sería en balde buscar sus referencias en las viejas crónicas o

en las historias escritas hasta hace medio siglo. Aun hoy, al nombrar a Gerona, sentimos tras ese nombre el de la Gerunda prerromana, y cuando nos referimos al Ampurdán se nos presenta la imagen de la Emporion griega de la que ha tomado nombre. Estas cosas nos atan al remoto pasado. Incluso llegamos a restaurar nombres olvidados. Así nos emociona profundamente leer en el texto ibérico de un vaso de Ullastret el topónimo *Belbedingos* que los documentos de los siglos X y XI daban como nombre que había tenido antes la villa de Belcaire. Pero todo esto nos puede remontar a dos o tres mil años únicamente. Y, como hemos visto, hoy el prehistoriador se atreve a sugerir millón y medio de años para las primeras industrias. Confieso que estas cifras son superiores a mi comprensión y que ante ellas me siento dispuesto a disculpar a quienes hace medio siglo eran escépticos ante los primeros resultados, modestos al lado de los actuales, que la Prehistoria obtenía.

Nuestra pequeñez en el tiempo se hace palpable cuando discurremos sobre estos períodos prehistóricos remotos y, como ya expresamos en otra ocasión, la Prehistoria coincide con la Astronomía en darnos sensación de pequeñez, la una en el tiempo, la otra en el espacio.

Esta impresión de profundidad de las raíces humanas es un nuevo elemento en la filosofía de la Historia, vulgar para los hombres de las actuales generaciones y sin embargo desconocido totalmente por los grandes pensadores clásicos, medievales o modernos. Es curioso y difícil de explicar como simple intuición o fantasía el hecho de que en muchas Cosmogonias primitivas se daba muchos miles de años de

antigüedad a las etapas primitivas o a las dinastías primeras del respectivo país.

También cabe pensar, hoy que sabemos que hubo razas gigantes que convivieron con hombres de aspecto y estatura normal, que las leyendas y mitos de gigantes que han pasado al relato popular de varias maneras, son sólo el reflejo de vagos recuerdos que se han transmitido a través de miles de generaciones. ¡Quién sabe las cosas de que no nos damos cuenta y cuyo conocimiento o aprendizaje se realizó en esas edades remotas, transmitiéndose desde entonces a través de un número de siglos que nos asusta!

Pero dejemos esas edades nebulosas con su complicado problema de homínidos, australopitecos y pitecantrópidos. Alcancemos por lo menos la orilla de los neandertales y de los supuestos *presapiens* de Vallois, examinemos las obras de esos seres, ya indiscutiblemente hombres, no sólo para el arqueólogo, al que ha de bastarle comprobar la elaboración de unos útiles con tipos determinados que se repiten y que son objeto de perfeccionamiento progresivo para calificar de hombres a sus autores, sino también para el teólogo, pues esos seres enterraban a sus muertos y la disposición de verdaderas tumbas con ofrendas da idea de sus creencias en una vida de ultratumba, en una espiritualidad, en la creencia en el alma.

A partir de entonces la Humanidad ha realizado rápidos progresos. Nuestros abuelos de Occidente, acuciados por el frío de la última etapa glaciár en el refugio de sus cuevas sintieron espolear la chispa de su inteligencia y su genio artístico. Así crearon el primer arte de la Humanidad, adornaron los objetos de uso corriente, dieron concreción a formas de con-

vivencia social y de conciencia religiosa que no han desaparecido del todo, ocultas bajo formas modernas sólo en su apariencia exterior. O inventaron técnicas e instrumentos que siguen sin otra modificación que adaptarlos a los nuevos materiales de que el hombre dispone. Tal es el caso de la aguja de coser.

Luego, el mejoramiento del clima y los trastornos que ello produce ocasionan la primera edad media que conocemos, tras lo cual la revelación de cómo se produjo la mayor revolución de la Historia humana es una de las maravillas de la Prehistoria. A partir de entonces la vida de las sociedades humanas es una rápida sucesión hacia la conquista total de la Naturaleza. Surgen las formas sociales y religiosas básicas, el ocio que facilita la existencia de colegios sacerdotales y de literatos y pensadores. La Química se inicia y con ella la Ciencia moderna; a su lado surgen la Astronomía y la Matemática. El pensamiento prepara en Egipto y Mesopotamia la eclosión del clasicismo helénico. En una palabra, todo el misterio de unos orígenes que en el relato tradicional tal como se enfocaba hace un siglo se desconocían, se han revelado al prehistoriador.

EL AUXILIO DE LAS CIENCIAS NATURALES, LA FÍSICA Y LA QUÍMICA

Muchas veces he reflexionado sobre lo poco que la Prehistoria habría avanzado sin el auxilio de las Ciencias de la Naturaleza, sin la ayuda de físicos y químicos. Como prehistoriador venido del campo de la Historia, creo justo reconocerlo y modestamente agradecer que dichas ciencias hayan permitido llegar hasta

su *grandeza* actual esa parte de la Historia humana.

La enumeración de cuanto la Prehistoria debe a dichas ciencias sería inacabable.

Toda ella se apoya en un conocimiento de los cambios climáticos que el hombre ha conocido desde su comienzo: períodos glaciares con su probable consecuencias en los cambios de nivel marino, oscilaciones postglaciares hasta el momento actual que han determinado movimientos étnicos y migraciones. Esto podríamos decir que forma el esquema fundamental, el marco en que se insertarán los hechos humanos.

En un magnífico discurso inaugural, hace pocos años, el Dr. Solé Sabarís nos dio un cuadro completo de cómo el geólogo ve hoy estos problemas.

Pero los cambios climáticos se combinan con las modificaciones de la flora y de la fauna y a su vez son conocidos por los hallazgos de fauna en los yacimientos. Con ser tan sorprendente el conocimiento que los paleontólogos poseen de la evolución de las especies animales características, me produce mucha mayor impresión, acaso por mis viejas aficiones botánicas, lo que han conseguido los paleobotánicos. Gracias al hecho maravilloso de que los granos de polen conservan sus características peculiares, como es natural, para cada especie, los análisis polínicos, en turberas o en depósitos favorables para dicha conservación, nos revelan la flora, tanto especies como densidad de las mismas, que acompañaban cada etapa. Ya no son sólo las especies arbóreas sino las humildes hierbas, las que se descubren, y no dudo que sea posible ya conocer incluso con qué flores se adornaría la mujer de las cavernas, pues no podemos imaginar sin un gusto por las flores a quien buscaba la bella ornamen-

tación en los más menudos objetos de uso doméstico.

Las conchas de los moluscos, sobre todo en las estaciones costeras, constituyen otro gran auxiliar en las investigaciones climáticas. Nada es dejado de lado y hasta los parásitos intestinales y su distribución se investigan para encontrar argumentos en la cuestión del camino seguido por las primeras oleadas de población americana.

El estudio de los depósitos y sus elementos geológicos, el de las terrazas fluviales o marinas, el de las *varves* o laminillas dejadas en algunos lagos por los glaciares al retirarse y que al poderse contar proporcionan un magnífico cronómetro, constituyen otras valiosas ayudas de la Geología. Al fin y al cabo, el método estratigráfico en que se basa la excavación arqueológica es un método desarrollado por la Geología.

Por otro lado, tanto el proceso de restauración de piezas de diversas materias como el de análisis, en especial de metales (análisis químico o espectrográfico), o el de contenido de fluorina de los huesos, para citar sólo los aspectos más corrientes, exigen la colaboración constante de físicos y químicos.

GEOCRONOLOGÍA

Para no alargar demasiado estas consideraciones haremos sólo una mención especial de lo conseguido en cuanto a la cronología en poco más de un cuarto de siglo. Es realmente algo maravilloso. Ello, por sí solo, obliga a los historiadores a estar perpetuamente agradecidos a los científicos, tomando esta palabra en sentido estricto.

Hace cincuenta años estábamos todos convencidos de que la Prehistoria no podía tener cronología absoluta más que en los períodos en que era posible establecer un puente entre una estación o una cultura y un monarca mesopotámico o un faraón. Esto limitaba toda posible cronología prehistórica a unos tres mil años antes de J. C. Antes de esa fecha los geólogos poseían una serie de posibles cronómetros para fijar la duración de los tiempos cuaternarios, que hoy nos parecen rudimentarios aunque alcanzasen resultados que en conjunto no resultan demasiado desacertados. Con ello nos conformábamos y confieso que entonces lo último en que hubiera pensado habría sido que en el curso de mi vida sería posible la aplicación de métodos cronológicos para fechar las etapas paleolíticas e incluso para fechar los primeros tiempos del Cuaternario, una vez éste se amplió con el período villafranquiense, que vino a doblar su duración.

La interpretación de los cambios glaciares como debidos a las oscilaciones en la intensidad de la irradiación solar dio lugar a curiosas elucubraciones astronómicas que se concretaron en la famosa curva de Milankovich que venía a darnos, ante la admiración de todos, unas fechas para los períodos del Paleolítico, tanto del inferior como del Superior. Al propio tiempo, el estudio de las *varves* en los depósitos glaciares de los lagos escandinavos y luego en los finlandeses y norteamericanos, permitía un cálculo o cuenta por años, preciosa para los períodos inmediatamente post-glaciares. Se produjo entonces una discrepancia entre uno y otro método concretada en la fecha que habría que aceptar para el Magdaleniense, que representaba el final de la última glaciación y las últimas etapas de

la evolución de un arte glorioso. Hoy sabemos que el criterio astronómico era erróneo, por lo menos en este punto.

Pero los métodos más revolucionarios habían de venirnos de América. Fue primero el dendrocronológico, de corto alcance tanto geográfica como cronológicamente, pero de gran agudeza y precisión. Basado en las variaciones de la curva de crecimiento de las grandes coníferas cuya vida se cuenta por siglos, nos fecha la interesante serie de ruinas de poblados en los acantilados del Sudoeste de los Estados Unidos.

Mucho más trascendental es el método del Carbono 14, que cuenta sólo con unos quince años de vida desde que Libby ideó la aplicación a mediciones cronológicas con fines históricos de los resultados a que él y otros investigadores habían logrado sobre la vida media del Carbono 14, isótopo radiactivo del Carbono 12, en el proceso de desintegración al perecer los cuerpos orgánicos que lo contienen en cantidad constante. A unos pocos laboratorios, cuyos resultados nos dejaban atónitos, sucedieron, en multitud de países, centros cada vez más audaces que se han atrevido, afinando sus métodos, a medir fechas de 60.000 ó 70.000 años. En la actualidad el número de los laboratorios que efectúan tales mediciones es crecidísimo y resulta ya difícil seguir el ritmo de las mediciones. En nuestro país, a pesar de las repetidas peticiones de los arqueólogos, no ha sido posible todavía organizar un laboratorio donde se analicen muestras procedentes de nuestros yacimientos. Y ello no por falta de científicos preparados. Por esta causa la Prehistoria española cuenta con muy pocas mediciones cronológicas de Carbono 14, lo que hoy ya nos causa

cierto rubor y sin duda ha afectado al prestigio de que nuestra ciencia gozaba hace unos años.

El método tiene sin duda sus fallos, sobre todo por las condiciones de las muestras, que pueden haberse contaminado o no ser adecuadas, como parece ser ahora el caso de las conchas. Se trata de mediciones tan delicadas que el más mínimo error puede haber trastornado todas las cronologías presentadas. Mediciones aisladas tienen así escaso valor. Pero mediciones repetidas hasta un máximo de unos 30.000 años pueden ser extremadamente útiles cuando se confirman mutuamente.

Con ese alcance se cubre casi todo el Paleolítico superior y éste, con el Mesolítico, son los períodos más favorecidos por este cálculo. Los resultados obtenidos para los mismos son, diríamos, muy sensatos. Respecto del Neolítico, el Carbono 14 nos ha dado fechas mucho más elevadas de lo que estábamos acostumbrados a considerar, con lo que se ha creado para el Occidente de Europa un momento difícil en lo que atañe a la cronología de sus culturas neolíticas y a las etapas de difusión de las mismas.

A pesar de sus fallos, el método es maravilloso y sin duda se perfeccionará en el futuro para eliminar aquéllos. Esperemos que pronto podamos tener en España laboratorios dedicados, aunque sea sólo accidentalmente, a tales mediciones. Nuestras últimas referencias son de que ya está en marcha alguno de ellos.

Pero la vida del Carbono 14 y las proporciones infinitesimales en que puede subsistir en unos fragmentos de madera carbonizada explican que el método no merezca ya confianza si se aplica más allá de

los comienzos de la última glaciación. Por fortuna, otras posibles mediciones basadas en principios semejantes se han ido experimentando y entre ellas ha ganado fama y autoridad la denominada del Potasio-Argón y que no os voy a describir por el respeto que nos causan a los hombres de letras estas manipulaciones que se nos antojan poco menos que arte de brujería.

Este nuevo método sirve sobre todo para medir la edad de ciertas formaciones volcánicas. El que un nivel con restos humanos e industria del barranco de Olduvai (Tanganica) se hallara incluido entre dos capas de tales formaciones ha permitido dar a aquellos restos la fecha de 1.750.000 años, según los laboratorios de la universidad de Ann Arbor (Michigan), fecha que, con variantes, ha sido confirmada por otros laboratorios. No hay que decir que esta fecha está fuera de cuanto hubiéramos podido suponer hace tan sólo cuatro años. No nos toca sino esperar que estos resultados se confirmen o se rechacen y a que los métodos señalados se perfeccionen. Estamos sólo en los comienzos de la aplicación de la Física y la Química a la cronología prehistórica. ¿Quién adivinaría las diabluras que pueden inventar todavía para ayudarnos a salir de la rutina de nuestros métodos históricos nuestros colegas de la Facultad de Ciencias?

LA GLOTOCRONOLOGÍA

Todos estos progresos en la cronología parecen haber espoleado a ciencias afines como la Historia del Lenguaje, que ha buscado en la Glotocronología un método revolucionario que le abra posibilidades seme-

jantes a las que la Prehistoria tiene y le permita auxiliar eficazmente a la misma.

LA PALEOANTROPOLOGÍA

Y aunque fuera de pasada, sería injusto no citar otro gran apoyo que le llega a la Prehistoria desde el campo de las Ciencias naturales, con la Paleontología, que en realidad es una rama de la Prehistoria y casi me atrevería a decir que la más importante de todas ellas, pues nos muestra al hombre mismo, sin lo cual perdería valor el conocimiento de sus obras. Además, la colaboración entre antropólogos y arqueólogos, en todo el Mundo y también en nuestra Patria, ha sido constante y eficaz.

OTROS ASPECTOS MODERNOS DE LA PREHISTORIA

Podríamos seguir glosando las apasionantes novedades de la investigación prehistórica, pero haremos sólo una última referencia a dos aspectos recientes de la misma.

Uno de ellos es el campo que se le abre con la investigación submarina, que si ha despertado apasionadas aficiones en la rebusca de naves sumergidas en la época clásica, puede darnos algún día yacimientos en terrazas costeras hoy hundidas bajo las aguas.

Otro es el de la universalidad de la Prehistoria. No quisiera en modo alguno menospreciar la Historia a la manera que la hemos cultivado en Occidente y de la forma que la hemos enseñado a nuestros jóvenes. En ese campo me formé y me apasionan los azares de lo que alguien ha llamado la pequeña historia

de nuestros países y nuestras dinastías. Tampoco podemos desconocer que la Historia de Europa, desde Grecia hasta el siglo xx, constituye el meollo de la Historia de la Humanidad moderna. Pero es indudable que en el Mundo actual la Prehistoria representa la base histórica común entre tantos pueblos que carecen de historia escrita, pero que hoy gozan de una personalidad definida y tienen un futuro ante sí. En ella encuentran ellos también sus raíces y el posible testimonio de sus aportaciones al acervo cultural común de la Humanidad. En esa historia primitiva nos igualamos. Esto da a cualquier descubrimiento importante de nuestra Ciencia un valor universal que difícilmente adquiere el más sensacional documento sobre el más discutido de los monarcas europeos.

LA «MISERIA» DE LA PREHISTORIA

Pero no nos dejemos deslumbrar por la brillantez de esos resultados. Por poco que ahondemos en las peculiaridades de la investigación prehistórica nos daremos cuenta de que muchos de sus aspectos se pueden calificar de verdadera *miseria* frente a la *grandeza* que acabamos de exaltar. En otro tiempo, hace de ello ya dieciséis años, analicé las múltiples dificultades que se presentan al prehistoriador en su tarea por razón de las especiales circunstancias que envuelven a los datos arqueológicos y a las fuentes de que ha de valerse. Sería superfluo que repitiera aquellos argumentos, pero desde que los empleé, mi convencimiento de la miseria de la Prehistoria no ha hecho sino aumentar, acaso como fruto del natural pesimismo que el paso de los años impone a los humanos y de

los fracasos que amargaron mi labor en los últimos tiempos.

En general se trata de fenómenos que tienen aplicación a la Prehistoria de todos los países y a la investigación en cualquier parte del Mundo. Lo que ocurre es que en nuestro país la organización imperfecta en muchos aspectos de la Administración y nuestra inveterada tendencia a lo que podríamos llamar con cierto eufemismo neofeudalismo, agravan ciertos males.

Fundamentalmente éstos derivan de un hecho fatal. Los documentos que constituyen la fuente de la Prehistoria sólo pueden leerse una vez, pues se van destruyendo conforme se leen. Las piezas arqueológicas, sin su contexto dado por el depósito que las envolvía en un nivel determinado de un yacimiento, dicen muy poco, aparte lo que puedan indicar sus cualidades intrínsecas.

El documento prehistórico tiene, pues, que ser hallado y por lo general excavado. Si se trata de un hallazgo casual, es probable que vaya a manos profanas y que se pierda o vaya a parar a manos de un aficionado y acaso con el tiempo a un museo, adonde llega sin datos de filiación, como un objeto más. En caso de que se trate de un yacimiento más o menos considerable que se dé a conocer y que sea posible excavar, las dificultades no son menores. Puede ser que un aficionado o un grupo de ellos, atraídos por la pasión del descubrimiento, con autorización legal o sin ella, inicien, a ratos perdidos, la excavación, en el mejor de los casos para alimentar un modesto museo local. El descubrimiento de restos antiguos es tan apasionante que incluso se convierte con frecuencia en una especie de chifladura cuya víctima puede lle-

gar a convertirse en un peligrosísimo fanático de la rebusca arqueológica. Sólo en contados casos se hará cargo de la excavación un centro investigador con suficientes recursos humanos y económicos, si puede superar los ineludibles problemas de competencia y monopolio.

No se vea en mis palabras nada ofensivo para el aficionado. La Prehistoria necesita de la ayuda de todos y sin una red extensa de aficionados actuando sobre el terreno, su información sería deficiente. Lo que quiero ponderar es el gran peligro que sus documentos corren por el hecho de que el hallazgo más sensacional puede ir a parar a las manos más incompetentes.

Por otra parte, la división del territorio nacional en zonas controladas por especialistas se ha impuesto en todos los países, mientras un loable patriotismo local y la natural política de prestigio de las corporaciones locales, con la creación de museos, tan digna de elogios, tiende a establecer monopolios o cotos cerrados que llegan casi a imposibilitar la práctica de excavaciones por parte de los grandes centros de investigación universitarios.

En España estas dificultades quedan mitigadas en la práctica por el hecho de que el delegado de excavaciones en la zona universitaria ha de ser forzosamente el catedrático de Arqueología o de Prehistoria y por el cuidado y atención de quienes en el plano superior de la Administración cuidan del patrimonio arqueológico nacional.

Imaginen mis colegas de la sección de Química si su investigación estuviera mediatizada por el hecho de que los laboratorios se hallaran en manos de afi-

cionados o de profesionales ajenos a la Universidad y además estuvieran instalados en otros locales. Dada la falta de agilidad de nuestra organización universitaria, el profesor de Prehistoria se ha visto obligado a dar una enseñanza puramente teórica, pues el salir al campo de excavaciones, lo que equivale al trabajo de laboratorio para el profesor de Química no podía ser considerado como «enseñar en la Universidad». Por fortuna, esto se halla en vías de corrección gracias a la reciente ayuda a la investigación.

Fácil es suponer la serie de personalismos y de luchas extracientíficas despiadadas que todo lo dicho lleva consigo.

Nos hemos extendido sobre un aspecto que podríamos calificar de personal o subjetivo, pero podríamos seguir largamente detallando las limitaciones que la investigación prehistórica experimenta por razón de lo precario de sus fuentes, por la difícil perspectiva de los tiempos remotos, por la escasez de datos para determinados períodos o comarcas, lo que hace que a cada nuevo descubrimiento importante las hipótesis que parecían más claras puedan venirse abajo. Las reconstrucciones que presentamos son siempre en exceso hipotéticas y los conflictos entre teorías opuestas mantenidas por personas bien enteradas resultan absolutamente insalvables. Así, al cabo de este medio siglo al que he venido haciendo referencia como el tiempo durante el cual he visto desfilar ante mí, tomando yo parte también en el desfile, la apresurada irrupción de descubrimientos e hipótesis deslumbradoras, seguimos sin saber quiénes eran los solutrenses, qué relación existe entre el arte cántabro-aquitano y el levantino, de dónde procedía el vaso campani-

forme y quiénes eran en realidad los iberos, para citar tan sólo cuatro de los enigmas que nos apasionan. Y todos me creeréis si os digo que enigmas de este calibre los tenemos a centenares.

Hace dieciocho años escribía: «En Prehistoria, cada nuevo descubrimiento al revelar perfiles que se hallaban borrados complica el lejano cuadro. Y sólo muchos hallazgos homogéneos podrán rehacer la silueta perdida en la inmensidad del tiempo. Evitemos, pues, caer en el peligro de presunción. El tiempo fue tanto que en él caben mil y una oleadas, invasiones, movimientos y creaciones y muertes culturales de que acaso apenas tenemos idea todavía». Hoy me reafirmo en estas ideas y sigo pensando que si en todas las ciencias se da el contraste entre los logros y los vacíos, en ninguna se da tan vivo como en la Prehistoria, donde hemos conseguido atisbos maravillosos mientras parece que ha de escaparnos para siempre la comprensión del mecanismo del origen y del progreso humanos. Grandeza y miseria de la Prehistoria que nos atrae, pues no en vano en ellas se esconden las primeras páginas de esta trascendental novela humana en la que estamos todos irremediabilmente inmersos.

LA RAÍZ PREHISTÓRICA DE LA ESPAÑA MODERNA

Quisiera por último referirme a la debatida cuestión de hasta qué punto la España prehistórica contiene en germen algunos por lo menos de los factores que han modelado la España moderna, lo que casi equivale a plantearse la valoración de lo indígena frente a las culturas que lo recubrieron, muchas veces con violencia.

Deseo hacer previamente una observación. Respecto al punto de vista de quienes estudian la España moderna y su historia y buscan el origen de tendencias políticas e instituciones en las influencias contrapuestas que se ejercieron sobre los españoles desde la conquista romana. Reconozco que en lo prehistórico, primitivo, no podemos hallar ninguna indicación concreta que se pueda aplicar a la explicación de hechos históricos recientes e incluso que no cabe censurar a nadie por hacer jugar de preferencia en la interpretación de la España medieval y moderna la herencia visigoda o ultrapirenaica a partir de la Reconquista o, por el contrario, hacerla depender de la herencia que dejó la aportación masiva de judíos y musulmanes en los ocho siglos que aquélla duró.

Nuestro pensamiento se halla resumido en las siguientes frases que escogemos entre las que escribimos en 1952 para ser leídas en sesión solemne del Consejo Superior de Investigaciones Científicas ante las más altas autoridades del Estado y lo más granado de la intelectualidad española:

«Hemos estudiado la raíz; quienes nos sigan estudiarán el árbol, con sus hojas y frutos; pero si quieren comprender a éstos no pueden prescindir del conocimiento de aquélla. Y aun si se nos permite una comparación vulgar, así como en las comidas que se sazonan con algunas especias y toman gusto de ellas, las virtudes alimenticias, lo fundamental, sigue siendo la sustancia de que están hechas, así España puede haber tomado, por lo menos en ciertos aspectos, el sabor de alguna de las aportaciones ya históricas fuertemente personificadas, conservando sin embargo el

valor fundamental con que le alimentaron sus raíces, que se notan menos aunque importen más.

»Queda aún una última consideración, inevitable cuando se reflexiona sobre estas épocas de oscuras raíces y formación de nuestra España. ¿Hemos de sentir añoranza por lo indígena? ¿Hemos de renegar de la imposición romana, extranjera, o hemos de traicionar a nuestros mayores? ¿A quién hemos de ensalzar o presentar como héroe ante nuestros hijos, a Viriato o a Escipión? El cultivar con afecto ese pasado remoto podría llevarnos a exagerar su valor y a olvidar cuanto debemos a la unificación política y espiritual de Roma, que no fue sino el prelude necesario para que el Cristianismo realizara su misión en Occidente. Es difícil valorar una cultura olvidada cuando, como ocurre en nuestro caso, somos hijos físicamente del pueblo vencido, que cedió su tradición, e hijos espirituales del pueblo vencedor, que impuso su cultura.

»Pero el caso se complica si pensamos que rupturas semejantes han ocurrido en gran número a lo largo de nuestra Prehistoria... ¿Dónde detener nuestras preferencias? ¿Dónde poner el acento de lo español?

»El hurgar en el pasado con añoranza de lo que pudo haber sido lo creemos enfermizo. La delectación en la Historia es legítima cuando es el recuerdo desapasionado de momentos ya superados. La Historia ha sido como un cordelero que ha trenzado nuestra vida actual con hilos numerosos y diversos. Lo que está trenzado ya no puede volver a convertirse en los hilos primarios sin que éstos se rasguen.

»Mirado así el remoto pasado, sentimos tan próximos a nosotros a gravetienses como a solutrenses o magdalenenses, a los pastores pirenaicos como a los

agricultores almerienses, a los tartesios taurófilos y danzarines como a los orfebres atlánticos, a los celtas como a los iberos y tan españoles a esos viejos abuelos nuestros como a quienes fueron ya cristianos o adquirieron conciencia de que eran españoles... Las raíces de España han sido muchas y han puesto a contribución razas, pueblos, lenguas y culturas diversas. De ninguna hay que renegar, en cada una de esas raíces es probable tengamos algún ascendiente...»

Apenas modificaríamos algún leve matiz en esas palabras que escribimos en 1952. En nuestro discurso hemos intentado ponderar lo mucho que se ha conseguido en medio siglo de investigación a la par que mostrábamos cuánto falta todavía para que podamos ver con claridad esas raíces queridas y, sin morbosidad, añoradas.

CONCLUSIÓN

Sin duda, en los próximos años, los descubrimientos se multiplicarán y cuando uno de mis sucesores en la cátedra suba a esta tribuna y haga el balance de otro medio siglo de Prehistoria, muchas de las cosas que ahora están oscuras se habrán aclarado y acaso en un sentido totalmente diferente a como ahora las enfocamos.

Voy a formular tras ese augurio un voto: el de que mis discípulos a quienes conozco y quiero y los discípulos de mis discípulos a quienes ya no conoceré, cuenten con los medios de investigación suficientes, conozcan una Universidad científicamente progresiva, ágil y con planes amplios y abiertos, y vean una Prehistoria en la que la escuela barcelonesa brille de ma-

nera destacada y haya resuelto el mayor número posible de los misterios que ahora nos preocupan. Sólo les pido que sean benévolos con los fallos que he señalado en nuestra ciencia, que acaso se deban, en parte por lo menos, más a insuficiencia de medios que a faltan de ambición de quienes la cultivamos.

Y he de terminar. Medio siglo de mi vida se me ha ido en esta Casa, donde aún me queda el tiempo que la Providencia quiera benignamente concederme. No interpretéis mal alguna de mis palabras que pudieran parecer coloreadas de cierta amargura. A pesar de mis afanes de reformas y mis sucesivas frustraciones en este aspecto, a pesar de los momentos difíciles que las circunstancias me hicieron pasar en sus aulas o en sus patios, he sido muy feliz en ella. Feliz en los años de escolar y feliz cuando he pasado por todos los grados de profesorado y por los cargos en la Facultad; feliz con el trato de tantas generaciones de discípulos o simplemente alumnos que me han proporcionado, al encontrarme con ellos inesperadamente en lugares muy alejados del Planeta, algunos de los más puros gozos del profesorado; feliz con quienes han sido temporalmente mis superiores y con mis compañeros. En este momento solemne y único de mi vida académica recuerdo los viejos maestros que ya desaparecieron y contemplo las jóvenes generaciones de entusiastas profesores que continuarán nuestra obra. Pienso que di cuanto pude de mi vida a mi Universidad, pero he de confesar que es mucho más lo que de ella he recibido en tantas cosas que el detallarlas estaría fuera de lugar y que sintetizaría en una palabra vulgar pero expresiva: felicidad.

He dicho.



ÍNDICE

MI POSICIÓN ANTE LA UNIVERSIDAD	9
MEDIO SIGLO DE PREHISTORIA EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA	16
Las primeras etapas de la actividad humana	22
El Paleolítico inferior en España	25
El Paleolítico superior	29
El Paleolítico superior hispano	33
El arte rupestre	41
Los primeros españoles	47
Epipaleolítico	48
El arte rupestre levantino	50
El Neolítico	53
El Neolítico y el Eneolítico hispanos	57
La Edad del bronce hispana	66
Las colonizaciones	71
Tartessos.	72
El núcleo ibérico	75
El dominio céltico	78
El pueblo vasco	79
El embrujo de la Prehistoria	80
El auxilio de las Ciencias Naturales, la Física y la Química	83
Geocronología.	85
La Glotocronología	89
La Paleoantropología	90
Otros aspectos modernos de la Prehistoria	90
La «miseria» de la Prehistoria	91
La raíz prehistórica de la España moderna	95
Conclusión	98